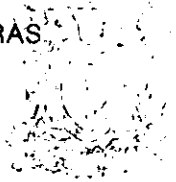


14



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



COORDINACION DE HISTORIA

EL PROYECTO DE EVANGELIZACION JESUITA EN LA HURONIA 1632-1649

280784

## T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

### LICENCIADO EN HISTORIA

P R E S E N T A :

MARIA FERNANDA DOMINGUEZ LOPEZ

ASESORA: MTRA. MA. ESTELA BAEZ VILLASEÑOR



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

MEXICO.



2001

SERIA. ACADEMICA DE SERVICIOS ESCOLARES Sección de Exámenes Profesionales



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Dios

A la Universidad

A Edmundo y Julieta

A Carlos

A Julieta, Edmundo y Gustavo

A mis maestros y amigos

## El proyecto de evangelización jesuita en la Huronia, 1632-1649

### ÍNDICE

1. Introducción	p. 1
2. Capítulo I Antecedentes de la colonización francesa en el Nuevo Mundo	p. 5
3. Capítulo II Nativos norteamericanos	p. 20
4. Capítulo III Los jesuitas	p. 51
5. Capítulo IV La evangelización	p. 67
6. Conclusiones	p. 89
7. Bibliografía	p. 93

## INTRODUCCIÓN

La investigación que aquí se presenta tiene como objetivo analizar los medios de penetración ideológica y religiosa de la Compañía de Jesús entre los nativos norteamericanos y las repercusiones que dicha penetración tuvo dentro del esquema católico así como dentro del devenir histórico del aborígen. Lo que se intenta confirmar en este estudio es el hecho innegable de que la modernidad contrarreformista, por medio de la orden jesuita, permitió la difusión de la Palabra de Dios y, por ende, de las ideas cristianas en la cosmogonía de un grupo humano no sólo reacio a escucharlas sino aun violento, a través de métodos, exclusivos de esta orden, de tolerancia y aceptación pero también de educación.

Cuando Samuel Champlain fundó Quebec en 1608 comenzó el periodo relativamente corto de dominación francesa en esta región geográfica llamada Nueva Francia. También inició un nuevo tipo de relación entre el hombre europeo y el nativo norteamericano mucho más estrecha y, por tanto, más interesante.

Hasta antes de la fundación de Quebec, el contacto entre occidentales y nativos norteamericanos se reducía exclusivamente al ámbito comercial sin que el interés se hubiese desbordado a otros aspectos. En efecto, desde los viajes de Juan Caboto en 1497 hasta la fundación de Quebec, la región de los Grandes Lagos había sido vista únicamente como un puerto comercial por el que se podían introducir productos europeos y extraer pieles; esto se debía en gran medida y particularmente en el caso concreto de Francia, a la escasez de recursos financieros -dada su dependencia respecto de la economía española ya en plena crisis para estos momentos- para iniciar una empresa colonizadora propiamente dicha. No obstante la creación de compañías encargadas del comercio y la colonización de esta región, sus disputas y desorganización retrasaron el proceso de dominación. Al

mismo tiempo, Francia afrontó serios problemas políticos que la distrajeron del impulso que debía darle a su colonia. Las guerras religiosas que se desataron con terrible crueldad no fueron más que el reflejo de la desestabilidad de la corona. En el primer capítulo se analizan más ampliamente los factores que dieron tal ritmo en la época de la colonización del septentrión americano.

Dentro de este escenario intervinieron otros personajes sin los que sería imposible explicar la Nueva Francia en su totalidad. Por un lado, tenemos a los nativos norteamericanos que conformaron un amplio mosaico cultural. Jugaron un papel fundamental en el desarrollo colonial francés. Estas etnias nativas conformaban distintos pueblos que no eran aliados entre sí. Por el contrario, a pesar de que iroqueses y hurones pertenecían a la misma familia lingüística, eran enemigos. Las alianzas con los europeos determinaron el curso de la colonia francesa. Los ingleses vendieron armas a los iroqueses y con éstas aniquilaron a los hurones, aliados de los franceses. En el segundo capítulo profundizaremos en el estudio de la cultura hurona por haber sido ésta el objetivo inicial de evangelización de los jesuitas pero dentro del contexto de los demás grupos indígenas de América del Norte.

Por otro lado, ya que hemos mencionado la intervención de los jesuitas en este escenario, es, pues, necesario examinar su perfil para entender la evolución de la relación que entablaron con los aborígenes. Mucho se ha dicho acerca de la adaptabilidad del jesuita de cara a su circunstancia evangelizadora, de la acción misionera adaptada a la realidad del sujeto a evangelizar, el sorprendente poder de autocontrol, de vocación misional, de fuerza de voluntad, del casuismo jesuítico. La realidad es que todos estos elementos están claramente presentes en este periodo histórico. El envío de jesuitas a Norteamérica se dio por órdenes de Richelieu quien controlaba el poder en Francia. No fueron los primeros en llegar pues arribaron antes los recoletos -la rama más autera de la orden franciscana- pero sí los primeros en demostrar que eran verdaderos misioneros y,

finalmente entre 1648 y 1649 los iroqueses muy bien armados por los ingleses arrasaron poblados y misiones francesas y podríamos decir que exterminaron a los hurones que estaban para entonces fundamentalmente cristianizados.

Es indispensable hacer la aclaración de que la pertinencia de los primeros tres capítulos se basa en la necesidad de familiarizar al lector con los distintos mundos que al final se entrelazan.

Por último, me resta señalar que este trabajo se concibió por la necesidad de satisfacer el conocimiento de un tema que está escasamente estudiado en México y que fue el resultado de una ingente labor de traducción de 51 tomos que contienen prácticamente toda la correspondencia entre jesuitas de ambos lados del Atlántico, que sólo se encuentran en la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria y que aun son desconocidos para muchos. La colección consta de 72 tomos, sin embargo, no todos fueron pertinentes para la materia que aquí se analizó. Bajo ninguna circunstancia, se pretende insinuar que el tema aquí trabajado haya sido agotado, por el contrario, pretende ser en la medida de sus posibilidades, con todas las omisiones y carencias de las que puede adolecer, una invitación a muchas y mejores contribuciones. Asimismo, debo advertir que la traducción de las Relaciones, escritas originalmente en francés y traducidas al inglés por Reuben Gold Thwaites, es responsabilidad única de la que esto escribe.

<sup>1</sup>. La otra plaza, además de Port Royal, fue Acadia. Esta región también colonizada por franceses, estuvo en disputa hasta 1714 en que quedó en poder de Inglaterra después de la firma del Tratado de Utrecht.

por tanto, supieron ganarse la confianza de algunas tribus nativas con las que iniciaron su tarea de evangelización. Este es el tema que se analiza en el tercer capítulo de este trabajo.

Esta evangelización se dio en tres fases fundamentalmente: la primera de 1611 a 1613 y concluyó cuando los padres fueron deportados por los ingleses a Europa; debido a la cortedad del tiempo, esta etapa inicial representó sólo un primer acercamiento entre jesuitas e indios; la segunda, que terminó por las mismas causas, se ubica entre 1625 y 1629, lapso en el que tuvieron la oportunidad de relacionarse más libremente y, la tercera, en 1632 que se inició un periodo de evangelización sin interrupciones hasta al fin de la Guerra de los Siete Años y ni siquiera entonces los padres tuvieron que salir inmediatamente del otrora suelo francés. La evangelización siguió los mismos patrones que se utilizaron en otras partes del mundo como Brasil y Paraguay: conocer primero a los naturales- los primeros resultados fueron tan desastrosos como en otras partes tal y como sucedió en el Japón unas décadas después. Adaptarse a los nativos permitió el surgimiento de diversos puestos de misión en Tres Ríos, Sillery y Tadoussac, todas ellas a orillas del San Lorenzo, y más adelante, en la Huronia.

Los jesuitas tenían la consigna como en todas las misiones que habían fundado alrededor del mundo de no insultar, ridiculizar, profanar o adueñarse de nada que poseyeran o pensaran los aborígenes. Por el contrario, era necesario conocer ritos y mitos para poder aprovecharlos a su favor. A este respecto, se aboca el capítulo IV y último de esta investigación.

La historia francesa en esta parte del mundo fue poco afortunada; desde un inicio Port Royal, enclave francés muy importante en Nueva Escocia, fue atacado por los colonos ingleses de la Compañía de Virginia con lo que destruyeron también una incipiente colonia francesa en la costa de Maine. Para 1627 los escoseses de Nueva Escocia se apoderaron de Port Royal y dos años después la flota inglesa bloqueó Quebec y la rindió por hambre. Por el Tratado de Saint Germain en Laye en 1632, Inglaterra devolvió a Francia las dos plazas.<sup>1</sup> Por tal motivo, la evangelización no empezó a consolidarse sino hasta 1632;



## CAPÍTULO I

### Antecedentes de la colonización francesa en el Nuevo Mundo

*¿Dónde está la cláusula del testamento de Adán que me deshereda del Nuevo Mundo en beneficio de los reyes de España y Portugal?*

Francisco I

Para la tercera década del siglo XVI, Francia estaba ya enterada de los tesoros americanos que recibía España. Conocía el antecedente de las expediciones de Juan Caboto bajo los auspicios de Enrique VIII de Inglaterra y de los portugueses, que creían que Labrador estaba incluida en el sector lusitano de la demarcación del Tratado de Tordesillas, por lo que explotaban la producción pesquera de esta zona. Francia, por su lado, no pensaba quedarse impasible ante los acontecimientos, por lo que encomendó a Juan de Verrazano la exploración del norte de este nuevo continente. Recibió el apoyo de Francisco I, rey de Francia y zarpó del puerto de Dieppe en Normandía en 1524, en un navío llamado "Dauphine".

Fueron los escritos de Verrazano los que, según Mollat, dieron a conocer al mundo la naturaleza de América del Norte<sup>1</sup> porque "una cultura literaria y científica impregna la Relation de principio a fin".<sup>2</sup> En su primero y único viaje a esta zona, Verrazano, florentino de nacimiento y francés por adopción, exploró la costa que va desde las Carolinas hasta Terranova y dio cuenta no sólo del medio físico de la tierra recién descubierta sino del hombre que la habitaba. Hizo una perfecta distinción entre, por lo menos, dos de los grupos étnicos con los que tuvo contacto. Verrazano fue quién fundó la escuela francesa para los viajes de exploración; fue también, quien, además de bautizar a este territorio como Nueva Francia, sentó las bases para que los franceses se interesaran por esta nueva región, de tal manera que Jacques Cartier siguió sus pasos. Evidentemente, Cartier leyó la Relation de Verrazano, con ello logró tener no sólo una idea muy acertada

de esta parte del Nuevo Mundo sino la conciencia de las posibles diferencias culturales que tendría que afrontar más adelante por efecto del contacto indígena.

Afortunadamente, las relaciones completas de los dos primeros viajes de Cartier han sobrevivido y en ellas podemos apreciar, aunque sucintas, buenas descripciones de los paisajes descubiertos así como de los nativos. En su primer viaje, exploró el Golfo de San Lorenzo (nombre con el que bautizaría a este golfo y al río en su segunda expedición) por las costas de Terranova, el norte de la Isla del Príncipe Eduardo, el Oriente de Gaspesia, la parte oriental de Anticosti y la costa de Labrador. Este gran viaje le permitió avivar el interés de Francisco I con la idea de posibles dominios coloniales ¿y por qué no? Si las demás potencias buscaban lo mismo y esta zona no pertenecía a "nadie". Además, para regocijo del rey y de su corte, Cartier llevó en persona dos iroqueses<sup>3</sup> como muestra y prueba de lo que había hallado del otro lado del mar, para darles la facilidad de aprender francés. Su intención era utilizarlos como intérpretes y como garantía para conseguir financiamiento real en viajes posteriores, lo que en efecto ocurrió. ¿Qué habrá pensado el francés del siglo XVI al ver dos seres salidos, literalmente, de un nuevo mundo? o mejor aún ¿Qué habrán sentido los iroqueses al llegar a Saint Malo y descubrir una muestra de la civilización occidental?

La segunda expedición de 1535-36 de la que también se conserva su relación, fue más provechosa porque a bordo de la "Grand-Hermine", la "Petit-Hermine" y el "Emerillon" se internó en el río San Lorenzo pasando por la desembocadura del río Saguenay, después por Stadacone, hoy conocido como Quebec y llegando hasta Hochelaga, lo que conocemos actualmente como Montreal.<sup>4</sup> Desafortunadamente, la tercera relación del viaje de 1541-43 no se ha conservado completa. Para Mariano Urrabieta -traductor de los viajes de Cartier al español- la parte perdida de la tercer relación no parece aportar ni más ni mejores datos de lo que las anteriores relaciones lo hicieron<sup>5</sup>. Sin embargo, esta aseveración nos parece poco atinada porque es justamente en el tercer viaje cuando creemos que la interacción entre franceses y *mic macs*<sup>6</sup> y, tal vez con más grupos étnicos

como los *beotucos*<sup>7</sup>, debió ser más intensa debido a los contactos y amistad que habían entablado anteriormente. Para este tercer viaje, Francisco I decidió enviar, junto con Cartier, a "Francisco de la Rocque, señor de Roverbal, noble de Picardía, nombrado por real cédula de 15 de enero de 1540, virrey del Canadá y lugarteniente general del rey Francisco I en Canadá, Hochelaga, Terranova, Belle Isle, Carpon, Labrador, etc."<sup>8</sup> Con toda la intención de colonizar, de convertir a los indígenas y de encontrar el deseado estrecho al oriente- instrucciones todas de Francisco I-, la experiencia de Roberval es el primer antecedente francés de fundación de una colonia. Ésta fue llamada Charlesbourg Royale y se ubicó en la zona que se conoce hoy como Quebec; fue también el primer antecedente en el que se menciona la religión como parte de las razones del plan colonizador; fue, además, la primer comisión en la que se incluyó población en general y no únicamente prisioneros como en anteriores ocasiones. El celo religioso estuvo presente a partir de este momento porque fue utilizado por un lado, como un arma en contra de la bula *Inter Coetera* y por otro, como la legitimación de la acción francesa en contra del Tratado de Tordesillas. Lo más curioso del caso es que ni la crónica de viaje ni otro documento de 1542 menciona nada sobre religiosos<sup>9</sup>.

Para desgracia de Roberval y de la monarquía francesa, varios fueron los factores que precipitaron el fracaso: la experiencia y los recursos con que se contaba para el éxito de esta colonia fueron insuficientes; el invierno y el escorbuto hicieron también su parte; los varios centenares de hombres y mujeres que lo acompañaron en este intento tuvieron que regresar a Francia en 1543<sup>10</sup> y el ritmo de inmigración hacia en Nuevo Mundo fue siempre desesperantemente lento en Francia.<sup>11</sup> Esto se debe quizás a varios factores, a saber, las condiciones que ofrecía Norteamérica no resultaban atractivas a la población de la metrópoli ya fuese por el clima o por las carencias que se presentaban evidentes; si en un principio la corona no se hizo cargo de la colonia difícilmente era capaz de promover el poblamiento; probablemente los católicos, que eran mayoría, no estaban interesados en participar en un proyecto que estuviese dirigido y financiado por hugonotes.

Después de la triste experiencia de Roberval, los intentos por fundar una colonia se retomaron en 1577 cuando el rey Enrique III nombró al marqués Mesgouez, señor de La Roche "Gobernador y nuestro Lugarteniente General y Virrey de las dichas Terres Neuves y naciones que él conquistó y tome de estos bárbaros"<sup>12</sup>. En realidad, el nombramiento vino de Catalina de Médicis que, en este momento, era regente del reino porque, a la muerte de su esposo Enrique II, ninguno de sus tres hijos -Francisco II, Carlos IX y Enrique III- tuvo facultades para gobernar. Estas tierras le fueron entregadas, -a diferencia de lo que había ocurrido en el caso de Roberval-, a título personal. Sin embargo, la empresa no fue llevada a cabo de momento, quizá por falta de recursos. Posteriormente, en 1584 cuando se retomó la empresa, el barco principal de 300 toneladas que estaba dispuesto a partir se reventó poniendo así fin a la aventura de La Roche por un tiempo. Más adelante, en 1598 nuevamente consiguió autorización del rey y recursos para un siguiente intento que contemplaba la colonización de la Isla Sable donde efectivamente llevó a sus colonos. Esta tentativa también tuvo un triste final porque en el año de 1602 los colonos no recibieron bastimentos franceses lo que provocó enfrentamientos entre ellos que dieron por resultado una lucha con sólo 11 sobrevivientes que regresaron a Francia en 1603<sup>13</sup>.

Las razones por las que Francia se vio impedida para concretar sus intentos colonizadores están estrechamente ligadas a los problemas internos que vivía la nación y a la falta de recursos. Fueron los protestantes Coligny y Roberval, dos de los principales promotores del proyecto, Coligny fue asesinado en la noche de San Bartolomé; Roberval, por su parte, desaparece en América con todos sus hombres en un segundo intento. Con esto mueren dos grandes entusiastas del proyecto ultramarino. ¿Por qué fueron los protestantes los más activos promotores del plan colonizador? La respuesta nos lleva inevitablemente a hablar del periodo llamado Guerras de Religión que durante 36 años sufrieron los franceses y que se tradujo en términos modernos, en una guerra civil encarnizada y cruel. Dada la persecución religiosa resulta obvio, que fueran los

protestantes los primeros en poner sus ojos en el Atlántico y en concebir un proyecto inédito para Francia que, además de darle gloria y dominios coloniales, sería para ellos, después de los antecedentes de Verrazano, Cartier y España misma, no sólo una empresa probadamente exitosa sino la posibilidad de obtener su libertad religiosa. Además eran los protestantes un sector rico y poderoso o, al menos, eran los que tenían la capacidad de obtener recursos gracias a su relación con miembros de la casa gobernante francesa.

Evidentemente los asuntos de la corona francesa se vieron reflejados en el proceso de colonización. Hemos visto que Francisco I fue el primer rey que intentó dar un impulso al plan de colonización del Atlántico norte, sin embargo, durante su reinado, los conflictos que se suscitaron por romper el cerco de los Habsburgo con Carlos V y con respecto al Milanesado -conquistado por Luis XII- dieron por resultado su aprehensión, después de la batalla de Pavía en 1525 cuya solución pacífica se obtuvo sólo con el Tratado de Madrid de 1526 en el que Francia renunciaba a los derechos sobre Milán y Nápoles. Estos conflictos eran ya añejos, sólo una tregua, con la paz de Noyon en 1516, había dado un breve respiro entre la Casa de Francia y la Casa de los Austrias. Pero la inmensidad de las posesiones heredadas a Carlos V eran motivo suficiente para preocupar a Francia. Así, una vez liberado Francisco I desconoció los acuerdos del Tratado de Madrid y la lucha dió inicio otra vez. Con ello, el rey y la monarquía francesa dejaron de prestar atención a América del norte. También el conflicto religioso empezaba a manifestarse desde este momento y los apuros internos, como es lógico, tuvieron mayor peso en las prioridades que los asuntos exteriores.<sup>14</sup> Hay que añadir a este panorama que el reporte de Cartier acerca de la experiencia invernal de 1535 a 1536, frenó de algún modo las intenciones de los franceses en el dominio colonial.<sup>15</sup> En 1547 muere Francisco I y los planes de colonización quedaron archivados para tiempos mejores. Con Enrique II, su hijo y sucesor, esos tiempos no llegaron. Continuaron las guerras con España, ahora bajo el reinado de Felipe II (recuérdese que los dominios de Carlos V, en el momento de su abdicación en 1556, se dividieron entre su hermano Fernando I y su hijo Felipe II). La paz

llegaría al fin con el Tratado de Cateau-Cambresis (1559). Francia había logrado, finalmente, la desvinculación del poder Habsburgo. No obstante, la solución de los problemas con el exterior, la posibilidad de colonización volvió a verse obstaculizada, esta vez por problemas en el interior.

A la muerte de Enrique II en 1559 y hasta 1589, la verdadera gobernante fue Catalina de Médicis, esposa de Enrique II y madre de Francisco II (1559-1560), Carlos IX (1560-1574) y Enrique III (1574-1589). En este periodo también quedaron olvidados los proyectos coloniales - salvo en el caso de La Roche como hemos visto- porque se desataron las llamadas Guerras de Religión que fueron, en resumen, la rivalidad entre la familia de los Guisa que, católicos muy devotos, se decían descendientes de Carlomagno y por tanto, aspirantes directos del trono francés y los Borbones que fueron calvinistas y que estaban apoyados por los ingleses.<sup>16</sup> Dicha rivalidad entre católicos y calvinistas -a quienes después del edicto de San Germán de 1562 se les conoció como hugonotes- se trasladó también al resto del pueblo francés, que quedó dividido en dos bandos, el primero, el de los calvinistas, conformado por las altas esferas del poder y el campesinado y, el segundo por la burguesía católica. Tres son las explicaciones que se han dado de los acontecimientos: Guérard dice que la explosión del desorden tenía como causa principal el debilitamiento del poder real;<sup>17</sup> Goubert las define como "guerras entre príncipes y provincias, conflictos internacionales, complots y asesinatos, y ocasiones de pillajes y traiciones. Nada simple ni excitante y, sin embargo, algo específicamente francés",<sup>18</sup> finalmente, Saitta cree que la verdadera causa del problema tiene que ver, fundamentalmente, con el credo religioso<sup>19</sup>. Sean cual fueren las causas y consecuencias de estas guerras, no sería pertinente hacer aquí un análisis detallado de ellas, basta para nuestro estudio saber que, estando Francia en un periodo político tan difícil, los propósitos de Coligny, Roberval y Francisco I quedaron necesariamente desplazados. A todo esto hay que añadir que el siglo XVI europeo en general, fue un siglo aciago; se ha demostrado a través de los anillos de los árboles una pequeña era glaciaria después de 1550, que echó a

perder cosechas y vendimias, los veranos llamados "podridos" provocaron carestías como las de 1562, 1566, 1573 y sobre todo, 1586 y 1597, mientras que la peste reapareció en 1580 y 1587.<sup>20</sup> Esto complicó aún más los planes de posesión ultramarinos.

Es comprensible que en tales momentos, dado el paisaje descrito, Catalina de Médicis no tuviera tiempo para pensar en emprender un intento colonizador cuando no había terminado de resolver sus problemas en casa. Peor aún, los inversionistas no querían arriesgarse a una empresa que en medio de tal crisis política, podía ser fácilmente abandonada o que en el mejor de los casos, exigiría un gran capital que tardaría mucho en producir beneficios.<sup>21</sup>

Por otro lado, suponemos que la corona francesa se dio cuenta de que la verdadera riqueza que podía obtener de esta nueva región en América no requería el dominio de facto del territorio tierra adentro, es decir, los productos importantes de la zona como lo era el bacalao, las pieles y la madera se podían conseguir prácticamente sin desembarcar. Para adquirir bacalao bastaba con los campamentos de verano donde se pescaba en gran cantidad y aún se salaba para cubrir la demanda anual; las pieles eran parte de toda una red de tráfico comercial al interior del territorio dirigida y organizada por los nativos, de tal suerte, que estas pieles de castor eran llevadas hasta la costa para su venta. Ni la demanda ni la industria de la madera necesitaba de un cerco de protección que ameritara una colonia. Dicho de otra forma, era una posesión con cierto valor que merecía el esfuerzo de ser explotada pero no colonizada. Prueba de esto es que Francia sí puso su atención en colonizar las Antillas no ocupadas por españoles ni por ingleses dado que eran óptimas para la agricultura de explotación y además eran valiosas como punto estratégico para los corsarios galos. Aun más Francisco I formó directamente una compañía con Jean D'Ango, filibustero rico dueño de una gran flota.

Afortunadamente, en 1589, a la muerte de Enrique III, subió inesperadamente al poder Enrique IV, quien hábilmente se convirtió al catolicismo y, en 1598, firmó la paz religiosa de Nantes que comprendió al Edicto<sup>22</sup> donde se decretaba la libertad de cultos con sus reservas. Este respiro dio la oportunidad a Enrique IV de retomar los proyectos que se habían quedado inconclusos, entre ellos, estaba lógicamente, el de la colonización. La primer evidencia que tenemos al respecto es que aprovechó el Tratado de Vervins de 1598 para que se le permitiera participar del comercio americano.<sup>23</sup> Enrique IV además de su conversión tuvo otro acierto: tener como ministro a Maximiliano de Bethune, duque de Sully, quien rebajó las tallas, favoreció los puentes y caminos, promocionó la creación de corporaciones para garantizar la calidad del trabajo, protegió a los empresarios, dio auge a la infraestructura portuaria y militar y, lo que más nos importa para este estudio, apoyó a Champlain en los primeros viajes a Canadá.<sup>24</sup>

A partir de este momento, Francia retomó su abandonado plan de colonización dado que las condiciones internas en su totalidad, esto es, la paz interior, el saneamiento de las finanzas, la restructuración del estado y la pérdida de poderío de España en Europa, van a conjugarse para iniciar el lento pero verdadero desarrollo de Nueva Francia. Esta vez sobre bases diferentes. Enrique IV concedió a Pierre Chauvin el monopolio del comercio y dada la reclamación que hizo La Roche a aquél porque todavía mantenía su colonia, limitó el área del monopolio de Chauvin a 100 leguas (5,572 m.) sobre el San Lorenzo. Sin embargo, Chauvin no hizo viajes de exploración demostrando así, que la empresa sólo tenía propósitos comerciales; de cualquier forma Chauvin muere en 1603.

A partir de este momento la aparición de la concesión de monopolio de comercio se tornará en causa de los conflictos que sufre Nueva Francia y, aunque parezca contradictorio, en la posibilidad real de su mismo desarrollo. Además del monopolio de Chauvin que terminó con su muerte, los más importantes de esta época fueron concedidos a Francois Gravé y a de Chaste, a Pierre Du Gua de Monts al que se le asociaron los comerciantes de Rouen, de San Malo, de La Rochelle y los de San Juan de Luz. De la



concesión de estos monopolios surgieron grandes conflictos entre los comerciantes y los inversionistas; entre los que querían el libre comercio y los que apoyaban el monopolio; entre los que tenían un monopolio y los que reclamaban otro. A su vez, esto permitió la fundación de Port Royal y Saint Croix, aún cuando en 1607, por edicto real, el monopolio otorgado a De Monts desaparecía. Por tal circunstancia, De Monts decide a instancias de Samuel de Champlain fundar una nueva colonia sobre el San Lorenzo. Este monopolio, aunque breve, dio la posibilidad de establecer relaciones duraderas con los nativos, al mismo tiempo que reveló a los franceses un poder sorprendente de adaptación, "nunca volverían a abandonar una colonia por razones climáticas".<sup>25</sup>

El problema fundamental del desarrollo de Nueva Francia radicó, definitivamente, entre la disyuntiva de permitir el monopolio del comercio que estuviera pendiente de la colonización o el libre comercio sin la formación de una colonia. Esto fue la constante a lo largo del primer cuarto del siglo XVII que finalizó, con sus reservas, en 1627 con la creación del proyecto más ambicioso hasta el momento: la Compañía de Los Cien Asociados.

Sin embargo, hay otras constantes que deben ser tomadas en cuenta para entender, junto con las circunstancias políticas, las estructuras económicas que subyacen al panorama de forma integral. El siglo XVI estuvo caracterizado por una expansión de la vida económica que integró a Europa con el resto del mundo y dio por resultado un vasto sistema económico donde la acumulación del capital se hizo a escala global. La conquista de África y de América introdujo a Europa gran cantidad de oro y plata que servía para nivelar las balanzas comerciales y para respaldar el sistema crediticio, nuevas técnicas de explotación, grandes recursos para la agricultura e ingentes ganancias a través de la mano de obra barata propiciada por la esclavitud. Como consecuencia de esto, el aumento de precios fue un fuerte golpe, sobre todo, para las economías estrechamente relacionadas con España quien era el corazón de la circulación monetaria europea ya que gran parte de este metálico llegaba a través de la Casa de Contratación de Sevilla. Una de estas

economías plenamente vinculada fue la francesa que abastecía a España de maderas, velas y cuerdas así como de trigo y telas. Además, la brecha entre cada desbordamiento de dinero en metálico hacía que los franceses aumentaran la cantidad de papel moneda en circulación con la esperanza de subsanar la carestía mientras llegaban los barcos con oro y plata. Este mismo remedio aplicó España pero con monedas de cobre. Esta circunstancia desató la crisis del siglo XVII (1609-1650) porque no sólo creó una situación monetaria tan inestable que propició una progresiva devaluación sobre todo para España y para las economías vinculadas a ésta como ya hemos dicho sino que hubo "el inconveniente de que la actividad comercial o industrial tuviera que soportar el peso de los gravámenes adicionales y paralelos a la política de grandeza del estado. Las disposiciones reales, las actas de navegación y actitudes oficiales relativas a ambas, que suscribían la común denominación de mercantilismo fue el precio que hubo que pagarse para cambiar las estructuras de la dirección e iniciativas de las economías de los diferentes países".<sup>26</sup> Una muestra clara de esta crisis se refleja en que la prima por el pago en plata era, en 1603, del 1% y para mediados del siglo XVII llegó a ser del 50%.

Por otro lado, dentro del desarrollo de la acumulación del capital, la agricultura es la base donde prioritariamente se sustenta dicha acumulación, por lo que el auge económico se vio reflejado en las condiciones y métodos que para la agricultura aplicó cada nación. En el caso particular de Francia, el capital disponible no provenía de la agricultura y no era destinado tampoco a ella. Los destinatarios más frecuentes eran el comercio, la industria y la especulación. De tal manera que la agricultura no experimentó una renovación que condujera a una acumulación verdadera de capital. "El secreto del poder y la base del establecimiento de una hegemonía fueron encontrados en países donde el modo de producción capitalista se sobrepuso al modo feudal y donde la clase capitalista fue capaz de controlar el gobierno"<sup>27</sup>. Inglaterra y, particularmente Holanda, replantearon los tradicionales métodos agrícolas y de manufactura utilizados comúnmente en toda Europa, es decir, desarrollaron modos de producción capitalista lo que les dio la posibilidad de

controlar gran parte del comercio continental y transoceánico. Francia, en cambio, mantuvo los obsoletos métodos agrícolas de dejar la tierra en barbecho por tres años lo que reducía la producción considerablemente. Además, los campesinos franceses habían establecido su producción sobre bases familiares y, generalmente no contaban con capital para invertir en nuevas técnicas y equipo, mucho menos para producir el excedente por el que la aristocracia presionaba. En Francia el 85% de las familias poseía menos de cinco hectáreas de tierra a las que no podía mejorar y, en todo caso, ¿para qué hacerlo si esto resultaba en beneficio de las clases dominantes a través de los derechos feudales que el campesino tenía que pagar? Las razones de la condición tan precaria en que vivían los campesinos franceses a diferencia de los ingleses u holandeses la podemos rastrear desde el tiempo catastrófico que representó la Guerra de los Cien Años que como una de sus consecuencias, entre muchas otras, empobreció a la nobleza rural haciéndola incapaz de pagar los jornales que exigían los siervos y vióse obligada a cederles la explotación de su patrimonio. Al finalizar esta guerra, la decadencia de la nobleza rural, la disolución de las grandes haciendas y el incremento del arriendo fueron persistentes. Bajo estas condiciones, Francia no podía desarrollar naturalmente un comercio interno próspero, ni su industria ni su comercio exterior hicieron lo propio. La perspectiva cambió paulatinamente a lo largo del siglo XVI y cambió del todo cuando, en la segunda mitad del siglo XVII, el absolutismo se entronizó por medio de la figura de Luis XIV. Sin embargo, las condiciones para que el absolutismo francés se diera se pueden rastrear desde la segunda mitad del siglo XV al finalizar la Guerra de los Cien Años porque Francia heredó ejército e impuestos permanentes. Contrariamente a lo que sucedió en otros países como Inglaterra donde los conflictos sociales terminaron con la monarquía, a saber, Cromwell en contra de Carlos I, en Francia estos conflictos ( la campaña contra Italia, las Guerras de Religión y la Fronda ) fortalecieron poco a poco el poder de un estado centralizado allanando el campo para el absolutismo. A esto debemos agregar que la utilidad y función de las leyes se fue estrechando conforme la crisis económica aumentaba propiciada por el

ingreso de plata, como ya hemos mencionado, por el hambre debida a las malas cosechas de esa época y las epidemias.

Otra de las razones fundamentales para entender este proceso radica en la limitación que sufrían los Estados Generales en la toma de decisiones con respecto a las cuestiones financieras del estado francés, el aparato fiscal no formaba parte de su campo de trabajo. Por tal motivo, el rey tenía toda la libertad en materia de impuestos. No es casual que éstos se hayan reunido por última vez en 1614, poco tiempo antes de que Luis XIV -el rey más absoluto- asumiera el trono y que, la siguiente ocasión en que lo hicieran -1789 - fuese justamente a la caída del Antiguo Régimen. En la medida en que se consolidaba el absolutismo galo su colonia en Norteamérica se fortalecía, es decir, cuando Luis XIV hacía pleno uso de su poder la colonia vivió su momento de mayor esplendor. En Francia, los impuestos extraordinarios o emergentes no se consideraban arbitrarios, una razón de estado era suficiente para legitimar una decisión del gobierno. Sin embargo, este poder real dependía de las disposiciones de dinero en metálico. Richelieu, por lo tanto, propuso a los notables un programa mercantilista que prosiguió hasta 1630. En marzo de 1626, asumió el título de Gran maestro, jefe y superintendente general del comercio y la navegación. Intentó elevar el concepto que se tenía de las actividades comerciales para que éstas ganasen la consideración general. Por una ordenanza decretada por Marillac en 1629 los nobles podían dedicarse al comercio marítimo sin que ello supusiera la derogación de su status y ennoblecía a varios armadores y comerciantes.<sup>28</sup>

Como los ingleses, los galos recurrieron, para estas actividades comerciales, al uso de compañías por acciones de tipo mercantil. En ellas se materializa el monopolio de comercio al que nos hemos estado refiriendo. La razón principal por la que estas compañías funcionaron más rápida y efectivamente para los ingleses que para los franceses es que aquellos promovían la iniciativa con capital propio lo que les daba mayor libertad de acción y, de esta forma, determinaban cuáles serían las compañías destinadas a colonizar y cuáles las creadas para comerciar. En el caso francés, en cambio, la iniciativa

era concebida por la corona quien proporcionaba el capital y se concretaba a nombrar directores, de entre los nobles de alto rango, a pesar de que eran los mercaderes de quienes habitualmente partía la iniciativa de la creación de grandes compañías como sucedió en 1663 . El caso de la Compañía de India del Este es muy ilustrativo. Enrique IV se dedicó personalmente a su formación y proporcionó el capital necesario para su funcionamiento, mientras tomó parte en la conformación de algunas otras compañías. A la muerte de éste -1610- el papel más importante en la creación y organización de compañías fue asumido por Richelieu quien fue el único político francés del Antiguo Régimen que pareció tener contemplada la importancia de las colonias.<sup>29</sup>

Asimismo, el estado se veía terriblemente afectado en el aspecto económico cuando estas compañías resultaban un fracaso. Como es lógico pensar, la libertad de decisión estaba limitada al momento de la acción y dado que, al combinar comercio y colonización como fines principales de ésta, se creaba una confusión con respecto a su propio desempeño. Dicho de otra forma, la inversión y su consecuente ganancia predominaban sobre aquellas actividades encaminadas a la meta colonizadora.

Además, se concedían grandes extensiones de tierra al estilo feudal que se subarrendaban y en las cuales, los señores estaban generalmente ausentes lo que propiciaba que los arrendatarios sucumbieran frecuentemente a la tentación de abandonarlas en busca de beneficios al interior de los campos. No es fortuito el auge que tomaron los famosos *coureus de bois*, corredores de bosques no sujetos a las cargas fiscales, en busca de negocios exitosos en comercio de pieles.

Por último, otro factor que, si bien no fue determinante para el éxito de la colonización de Nueva Francia, sí opuso un obstáculo de considerable importancia. Éste se refiere a la situación histórica que vivió la precariamente poblada colonia en relación con sus vecinos. Desde un inicio (1613) Port Royal, enclave francés muy importante en Nueva Escocia, fue atacado por colonos ingleses de la Compañía de Virginia quienes destruyeron también un incipiente asentamiento galo en la costa de Maine. Para 1627, los escoceses se apoderaron

de Port Royal y dos años más tarde la flota inglesa bloqueó Quebec la cual rindió, entonces, por hambre. Por el Tratado de Saint Germain firmado en Laye en 1632, Inglaterra devolvió a Francia las dos plazas; Acadia, región también colonizada por franceses, estuvo en disputa hasta 1714 en que quedó en poder de Inglaterra después del Tratado de Utrecht. Finalmente entre 1648 y 1649 los iroqueses<sup>30</sup> muy bien armados por los ingleses arrasaron poblados y misiones francesas -suceso en el que fueron exterminados los hurones que estaban por entonces fundamentalmente cristianizados por los jesuitas franceses.

1. M. Mollat, Los exploradores del siglo XIII al XVI, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 136

2. Ibidem. p. 64

3. Ver capítulo siguiente.

4. Estas relaciones no parecer haber estado escritas por él mismo. Sin embargo, no cabe la menor duda de que fueron escritas por alguien que vivió junto con él estas expediciones. Véase Los viajes de Cartier al Canadá, Trad. de Mariano Urrabieta, Emecé, 1944.

5. Los viajes de Cartier, p. 156, ver nota 68

6. Tribu de algonquinos también llamados souriquois que ocupaban el este de la península de Acadia (luego Nueva Escocia). Se les clasifica como algonquinos por pertenecer a esta familia lingüística. Ver siguiente capítulo.

7. Tribu isleña de Terranova (Newfoundland) que por sí misma compone una familia lingüística. Se sabe que los beotucos fue el primer grupo indígena en desaparecer (Ver Ortega y Medina, La evangelización puritana en Norteamérica ).
8. Ibidem., p. 155
9. M. Trudel, The Beginnings of New France, Toronto, McClelland and Stewart Ltd., 1973, p. 47
10. J.H. Parry, La época de los descubrimientos geográficos 1450-1620, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1964, p. 282
11. Ya avanzados los asentamientos franceses, el gobierno prohibió la entrada de protestantes a su colonia quienes eran muchos y muy ricos lo que privó a Nueva Francia de pobladores constantes y acaudalados.
12. M. Trudel, op. cit., p. 55
13. Ibidem., p. 64
14. A. Guérard, Breve historia de Francia, Buenos Aires, Colección Austral, 1951, p. 121
15. R. G. Thwaites, France in America 1497-1763, Nueva York, Cooper Square Publishers, Inc., 1968, p. 8
16. A. Saitta, Guía crítica de la Historia Moderna, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 129
17. A. Guérard, op. cit., p. 127
18. P. Goubert, Historia de Francia, Barcelona, Crítica, 1987, p. 101
19. A. Saitta, op. cit., p. 128
20. P. Goubert, op. cit., p. 113
21. J. H. Parry, op. cit., p. 290
22. Edicto que más tarde se revocó en tiempos de Luis XIV.
23. J.H. Parry, Europa en la expansión del mundo 1415-1715, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 120
24. P. Goubert, op. cit., p. 118
25. M. Trudel, op. cit., p. 91
26. Historia del Mundo Moderno, tr. María Casamar, Cambridge University Press, 1980, v. IV p. 45
27. D. Delâge, Bitter Feast, Vancouver, UBC Press, p. 9
28. Historia del Mundo ... v. IV p. 342
29. Coornaert, "The economy of expanding Europe in the sixteenth and seventeenth centuries" en The Cambridge economic History of Europe, Cambridge University Press, 1967, vol. IV, p. 227
30. Tema desarrollado con amplitud en el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO II

### Nativos norteamericanos

*But Faith is a sword that severs the Soul from the body, and children from their Fathers*  
Anónimo indio

La teoría más aceptada sobre el poblamiento de América señala la ocupación por medio de un movimiento migratorio desde el oeste de Asia hacia la actual Alaska y noroeste de Canadá. Los expertos concuerdan en que los habitantes originales de América han vivido en este continente por lo menos 10,000 años antes de la llegada del hombre europeo<sup>1</sup>. Se estima que la división de los migrantes al Nuevo Mundo de su rama asiática ocurrió entre 20,000 y 16,000 años atrás<sup>2</sup>. Aproximadamente 7,000 años hace que el semisedentarismo se estableció en ciertas regiones de Norteamérica; para el comienzo de la era cristiana 'el modo de vida sedentario estaba bien establecido en todas las regiones de Norteamérica'<sup>3</sup>. "Los nativos más viejos y los arqueólogos en sus respectivas formas, parecen decir, la misma cosa: 12,000 años hace el poblamiento americano".<sup>4</sup> "Aún más, se puede declarar, aunque con menor certeza, que probablemente llegaron en largos periodos de tiempo en tres corrientes migratorias diferentes: la original, después los atapascos y después los esquimales<sup>5</sup>. La ocupación de las tierras bajas del río San Lorenzo -lugar donde se centra nuestro estudio- se dio hace 8,000 años<sup>6</sup>.

El contacto con las distintas zonas geográficas del Canadá dio por resultado grados diversos de desarrollo dentro del gran mosaico cultural indígena que fue el septentrión americano. Cada grupo desarrolló sus propias costumbres y creencias y aprovechó el entorno geográfico de la mejor manera posible para abastecerse de abrigo y sustento. No es casual, por ejemplo, que al norte de lo que actualmente es Canadá, donde la tierra, por su clima, ya no es cultivable, las tribus que la habitaban fuesen nómadas, se dedicasen primordialmente a la caza y a la pesca y consumieran productos agrícolas como la



calabaza y el maíz sólo cuando los intercambiaban por sus productos de caza con tribus agricultoras del sur.

Existen tres distintas clasificaciones de la población indígena: la cultural o geográfica, la tribal y la lingüística.

La clasificación geográfica también se llama cultural porque, como ya hemos dicho, se desarrollaron modos de vida distintos a partir del entorno geográfico, estas áreas son: el Ártico, el Subártico, la Costa Noroeste, el Lejano Oeste, el Suroeste, las Planicies y el Bosque del Este<sup>7</sup>. (Ver mapa no. 1)

De acuerdo al mapa anexo, dos son las zonas que forman el escenario de nuestro interés. Por un lado, la zona del Subártico que va de la costa del Labrador a la boca del río Yukón. Salvo por las Montañas Rocalosas, la tierra está cubierta de coníferas que proporcionan abrigo en tiempos invernales. Su frontera norte es prácticamente el límite que marcan estos árboles. Esta región no es fértil sobre todo en el norte colindante con la zona Ártica. Los numerosos ríos y lagos de esta zona no son muy ricos en pescado por lo que la subsistencia se basa en la caza del caribou y del alce del sur. Esta zona está habitada por grupos nómadas dadas las fuentes de subsistencia que tienen y los patrones de movilidad de los animales de caza. A esta zona corresponden dos grupos lingüísticos: los atapascos (al noreste del río Churchill) y los algonquinos (el resto oeste del bosque boreal).

Por otro lado, la zona al sur del Subártico -en donde se desarrolla la cultura a la que estudiaremos más detenidamente en su relación con los jesuitas- se conoce con el nombre de Bosque del Este.

Esta región está ubicada en el límite norte de los Grandes Lagos hasta la costa norte del Golfo de México y de la Ciudad de Kansas, Missouri a la costa Atlántica. Por su clima relativamente cálido y húmedo, en esta región se hace posible la agricultura a gran escala. Por ella atraviesan ríos y lagos con gran variedad de recursos, la flora y la fauna son abundantes (venado, castor, aves). El Bosque del Este se puede dividir a su vez en



FUENTE: Sturtevant, William C, Ad., Handbook of North American - Indians, Washington, Smithsonian Institution, 1978, vol. 5

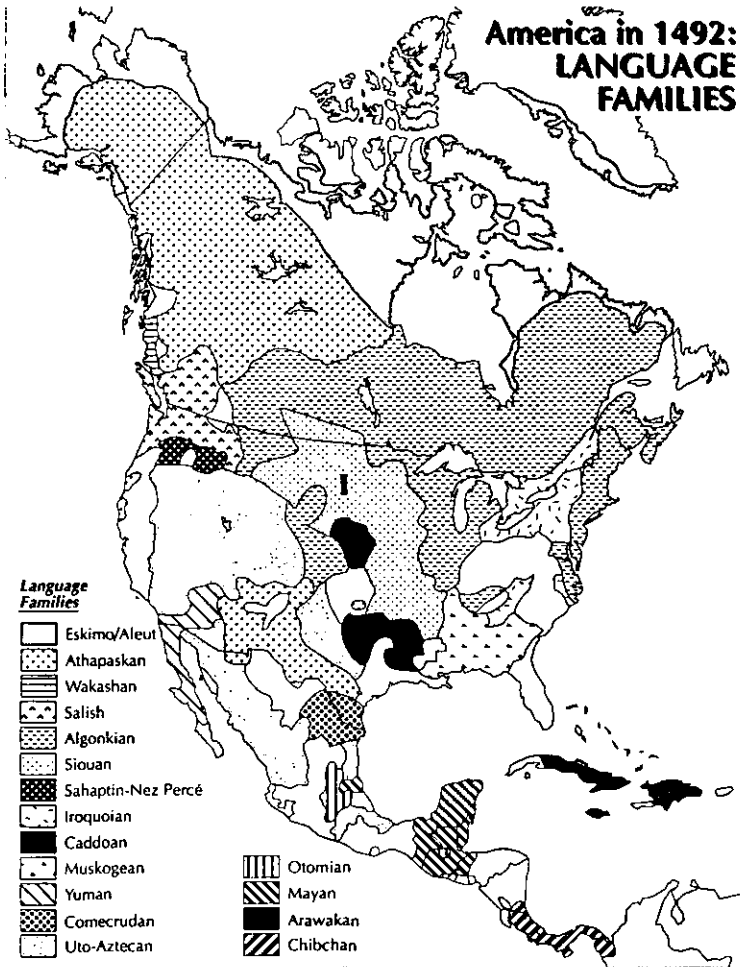
MAPA 1: DIVISION GEOGRAFICA DE NORTEAMERICA.

subzona norte y subzona sur. La subzona norte comparte muchos rasgos con los modos de vida social y cultural de los grupos del norte subártico. Muchos de los modos de subsistencia eran una mezcla de caza, recolección y agricultura. Los nativos de esta región son semisedentarios, es decir, que construyen una villa en un lugar específico en el cual trabajan la tierra y, al agotarse ésta, se trasladan a un nuevo lugar. En esta subzona norte del Bosque del Este se desarrolló una de los más complejos y poderosos grupos nativos pertenecientes a la familia lingüística de los iroqueses.

Como recién mencionamos, existe otra forma de clasificación de Norteamérica: la lingüística (ver mapa no. 2). Los indígenas de Norteamérica hablaban doce lenguas principales y una gran cantidad de dialectos derivados de éstas. El territorio noreste de Norteamérica estaba ocupado por tres grandes familias lingüísticas: los inuit, los algonquinos y los iroqueses.

Los inuit ocupaban toda la costa del mar ártico incluyendo la costa de la península de Quebec y Labrador. Son tribus de cazadores nómadas que viven en pequeños grupos acostumbrados a recorrer grandes distancias en busca de comida. Viven en pequeñas tiendas cubiertas de pieles o tiendas hechas de renuevos cubiertos de corteza. Su estructura social está basada en el clan que aglutina a varias familias emparentadas que, al parecer, descienden de un ancestro común<sup>8</sup>.

La familia lingüística de los algonquinos se ubica en la costa atlántica desde Carolina del Norte hasta Labrador y del Atlántico hasta el este del río Churchill cerca de las Montañas Rocallosas. Esta familia puede ser dividida en dos grupos: las tribus sedentarias en la costa este de los actuales Estados Unidos: *delawares*, *pequodas*, *etchemitas*, quienes vivían principalmente de la agricultura y la pesca, y las tribus cazadoras nómadas: *passamaquodas*, *malecites*, *abenakis* y *mic macs* en Maine y la costa canadiense. En Terranova habitaron los *beotucos* que, al parecer formaban en sí mismos una familia lingüística; la evidencia no ha salido a la luz ya que esa tribu fue exterminada antes de recoger indicios de ella. Algunos estudiosos como Francis<sup>9</sup> la incluyen tentativamente en



**FUENTE:** Kupiec, Cayton Mry, al, Encyclopedia of American Social - History, Nueva York, Simon and Schuster Macmillan and - Prentice Hall, 1993. 3 vols. (Vol. 1, p. 20).

**MAPA 2: DIVISION LINGUISTICA DE NORTEAMERICA.**

la familia lingüística algonquina. Al norte del río San Lorenzo y al este del río San Mauricio estaban los montañeses y los attikameguas. Los algonquinos, tribu que le dio el nombre a toda la familia lingüística, vivieron en el valle de Ottawa. Hacia el oeste estaban los nipissings en el Lago Nipissing, los ottawas en la isla Manitoulin en el Lago Hurón y los Ojibwas, también llamados chippewas, alrededor del Lago Superior. Estos grupos subsistían de la caza de venado, castor, oso y alce, entre otros. En primavera, aprovechaban los árboles de maple para reunir y hervir su savia. Durante el otoño recolectaban arroz salvaje y en algunas áreas del sur cosechaban maíz. Después regresaban a sus territorios de caza<sup>10</sup> para pasar la estación invernal. Para subsistir durante todo el año formaban bandas de invierno para cazar (de 25 ó 30 personas<sup>11</sup>) y bandas de verano para pescar, con un territorio y nombre propios y con un líder de no gran autoridad. Mantenían lazos amistosos a través del matrimonio interclánico. Sin embargo, la densidad de población era excesivamente baja. Intercambiaban sus productos de caza por productos agrícolas con tribus del sur; los contactos cotidianos se limitaban, por lo común, a los parientes.

En tercer lugar, tenemos la familia lingüística de los iroqueses situada en lo que hoy es el Ontario meridional y en torno al río San Lorenzo y, hacia el sur, hasta el norte del estado actual de Nueva York y Pennsylvania. Este grupo estaba formado por varias tribus que, a pesar de su semejanza glotológica, a menudo eran enemigos entre sí. Por un lado, está la "Confederación Iroquesa" o "*Ganonsyoni*" ("casa tendida a lo largo" o "aquello que se extiende muy lejos") formada por mohawks (Pueblo del Pedernal), los onondagas (Pueblo de la Montaña), los oneidas (Pueblo de la Piedra), los cayugas (Pueblo de la Meseta) y los senecas (Pueblo de la gran Colina). Esta Confederación comprendía quizás 10,000 personas a comienzos del siglo XVI y surgió como un intento de revitalización de la sociedad iroquesa a través de un código dictado por un ser sobrenatural llamado Dekanawidah a Hiawatha, cacique mohawk<sup>12</sup>. Por otro lado, está la Liga Oeste o "Wendat (Gente de la Península), conformada principalmente por cuatro tribus huronas:

Attignawantam, la más al oeste de las tribus, Attingueenongnahac, que vivían tierra adentro, Ahrendarrhonon, al este cerca del río Simcoe y Tahontaenrat, al centro. Estaban incluidos en este grupo, no así en la Liga, los eries (Nación del Gato) y los neutrales (Nación del Tabaco)<sup>13</sup>. Además, había otras tribus de lengua iroquesa como los hochelagas (Montreal) y los stadaconas (Quebec) que fueron los agricultores más septentrionales de América del Norte. Estas últimas dos tribus desaparecieron entre 1535, segundo viaje de Cartier y, 1608, año en que funda Champlain su colonia<sup>14</sup>.

No existe una diferencia cultural considerable entre hurones e iroqueses. Si se saca a discusión la belicosidad iroquesa apoyándose en la Confederación que, en efecto, fue mucho más poderosa y temible, se puede rebatir al apuntar que, por un lado, ésta se creó poco antes de que los europeos llegaran al septentrión lo que nos da por lo menos 3,000 años de convivencia mutua con marcadas fronteras; el problema del aniquilamiento, no así de las escaramuzas, de una "nación" sobre la otra llegó con los europeos y la consecuente rivalidad por el comercio de pieles. Por otro lado, me parece indudable el carácter aguerrido de los hurones dado que lograron comunidades densamente pobladas en una gran zona estratégicamente muy importante para el comercio intertribal aun sin incluir el tráfico con los europeos. Prácticamente, la única diferencia cultural entre ambas naciones yace en la distribución de sus asentamientos; las villas iroquesas estaban separadas unas de otras por una extensión de bosque que utilizaban como territorio de caza. En cambio, las villas huronas estaban juntas y compartían un territorio común.

Sin embargo, pertenecen a la misma familia lingüística aunque con insignificantes diferencias propias del desarrollo de una lengua en conglomerados distintos como sucede, por ejemplo, con el español de México y el español de Argentina. Además, forman parte de la misma área geográfica (Bosque del Este) donde el clima y los medios de subsistencia son los mismos. Por tanto, al hablar de las estructuras sociales, políticas y religiosas de la Huronia estaré, al mismo tiempo, mostrando al lector rasgos de la cultura

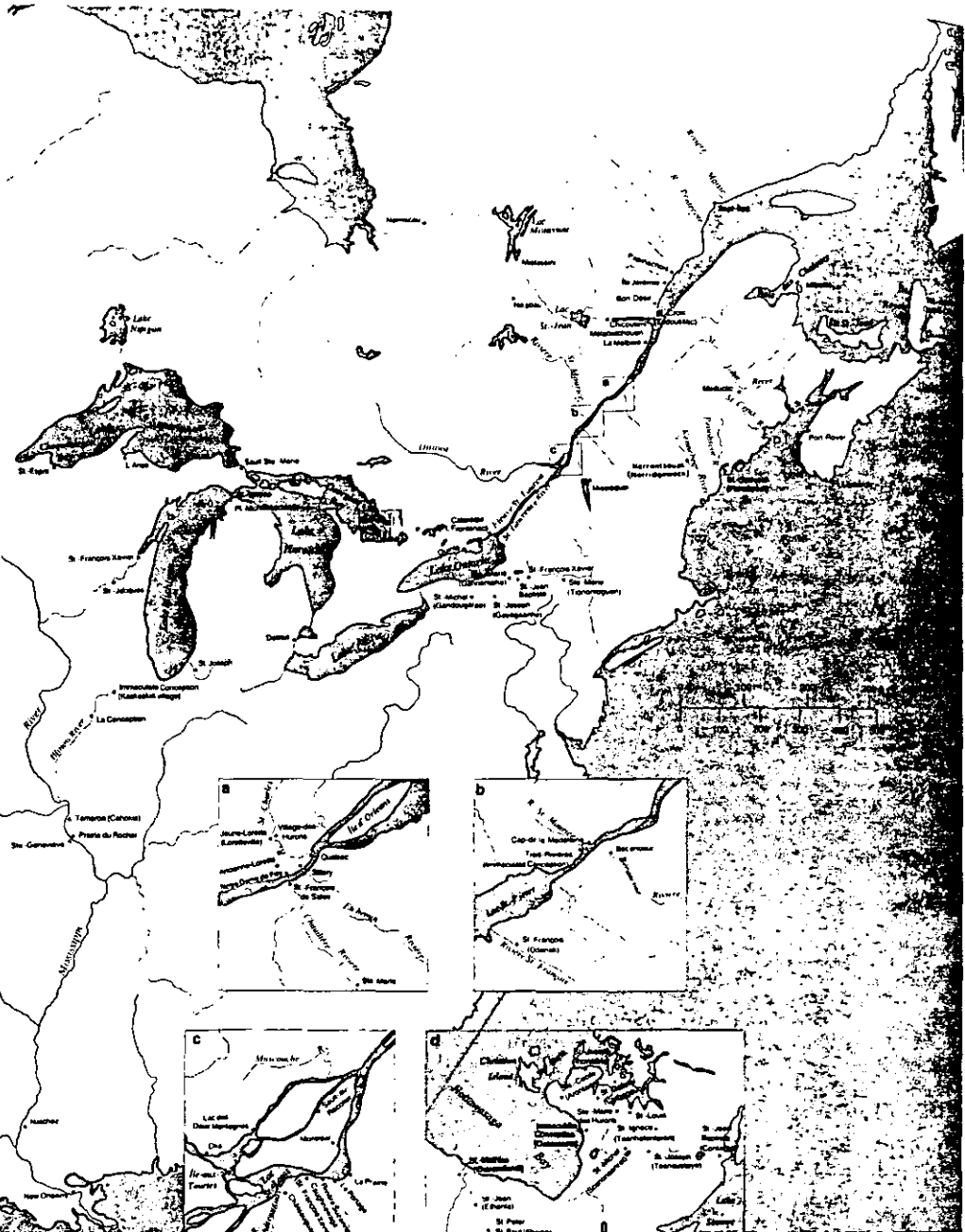
iroquesa en lo que constituye una misma familia lingüística adscrita a una misma área cultural.

## HURONIA<sup>15</sup>

Los hurones se llaman a sí mismos Wendat, un término generalmente aceptado como "isleños" o "moradores de una península". Este término se debía a que Huronia estaba limitada al este por el lago Simcoe, al oeste por la bahía Nottawasaga y hacia el sur por la bahía Georgian. Dentro de la propia Huronia había una serie de pequeños lagos como el Cranberry, el Orr y el Bass, muy cerca de su límite meridional. Además, por ella corrían de oeste a este cinco ríos: el Wye, el Hog, el Sturgeon, el Coldwater y el North. Todos estos ríos y lagos eran ricos en pescado, principal fuente de proteína en la dieta hurona.

Huronia estaba asentada sobre el límite norte de tierra cultivable de la zona sur del actual estado de Ontario. La fauna en esta región era abundante en venado, oso y castor, principalmente, en garza, ganso y guajolote; además los ríos eran abundantes en trucha, lucio, esturión y otras especies de peces. El clima es de 65-70°F en julio y 15-20°F en enero. El nivel de lluvia es de 14.5 pulgadas entre mayo y octubre y 90-110 pulgadas de nieve por año. Otra ventaja de la geografía hurona es que estaba asentada sobre tierra arenosa lo que hacía más productivo el trabajo agrícola con menos esfuerzo físico. Como última ventaja, la Huronia era la puerta para las rutas acuáticas en canoa hacia el norte.

El dato estimado de la densidad de población en Huronia es tentativo ya que los censos que se tienen fueron levantados después de la gran mortandad que implicaron las epidemias traídas desde Europa. Esta cifra se estima de 30,000 habitantes y de 18,000-20,000 antes y después de las epidemias, respectivamente. Las fuentes más confiables para determinar el número de pobladores son las Jesuit Relation de 1640<sup>16</sup>.



FUENTE: Sturtevant, William C. ed. Handbook of North American -  
 Indians, Washington Smithsonian Institution, 1988. vol.4.  
 MAPA 3: MISIONES CATOLICAS EN FRANCIA. [ ] HURONIA



## Estructura social

La estructura social de los hurones estaba basada en el sistema clánico y cada hurón era miembro de una de las cuatro tribus y a la vez, de uno de los ocho clanes. Las tribus se definieron como unidades políticas y los clanes eran parentescos simulados, esto es, sin descendencia biológica evidente pero que claman un ancestro común femenino. Las villas no estaban compuestas por un solo clan y los miembros de éste se encontraban repartidos entre las diferentes tribus. Cada uno de estos clanes dispersos entre las villas tenía su propio jefe que manejaba los asuntos internos del clan y lo representaba ante la villa, la tribu o los concilios. El poder de este jefe era transmitido, a su muerte, a los hijos de sus hermanas, lo que indicaba que la línea femenina determinaba la pertenencia a una familia y la vinculación de diferentes familias se hacía a través del matrimonio, de tal manera, que el padre y la madre pertenecían a distintos clanes.

La relevancia que se demuestra hacia el matriarcado no sólo dentro de la familia nuclear sino también como un poder de cohesión clánico (el ancestro femenino común) es todavía un asunto oscuro, no se sabe si fue producto, del papel fundamental que la mujer asumió en la producción de alimentos<sup>17</sup> o el resultado de la ausencia prolongada del sector masculino debido a sus actividades de caza y pesca o quizás, cuestión de fertilidad.

Las casas huronas - en donde vivían familias nucleares - eran de 90 a 100 pies de largo promedio, aunque su tamaño dependía del número de familias que la habitaban. Estaban hechas de troncos cubiertas de corteza de árbol, en posición directa al noreste con la finalidad de evitar que los grandes vientos que venían del lago (Simcoe) las derrumbasen o que el fuego se propagase a las demás. Estas casas estaban decoradas con pinturas generalmente rojas que indicaban clanes o filiaciones de linaje. Cada casa tenía en la parte trasera un espacio donde se almacenaba leña, maíz, etc. Al centro, en el techo había dos maderos largos que sostenían la ropa, o las ollas. Abajo, también en el centro, había una hilera de hogares y las familias vivían de cada lado de éstos. A 4 ó 5 pies de alto, se extendía una plataforma de corteza que servía de resguardo para el clima invernal o de

cama durante el verano ya que protegía de las moscas. El techo tenía hoyos por donde podía escapar el humo del tabaco y entraba luz. Salvo por la banca que cruzaba los lados de la casa, no había ningún otro tipo de muebles. Este conjunto de casas formaban una villa, algunas de las cuales estaban rodeadas por una palizada para hacer más fácil su defensa y por lo general, éstas eran las más grandes.

Dentro de las villas había por lo menos dos casas de mayores dimensiones porque pertenecían a personalidades de alto rango en la política de la villa. La primera pertenecía al jefe de guerra, en donde se llevaban a cabo las reuniones sobre asuntos bélicos y las fiestas relacionadas con ésta. La segunda pertenecía al jefe civil en la que los asuntos domésticos tenían efecto.

El alimento fundamental de los hurones era el maíz del cual se elaboraban gran parte de los platillos que consumían como pan o sopa de maíz hervido a los que, para variar, se le añadían rebanadas de pescado, carne o calabaza o un poco de grasa. Otro tipo de sopa estaba hecho con corazones de mazorca tostados que se mezclaban con frijoles y con *leindobyque* eran pequeños granos de elote fermentados por meses en un charco de agua estancada. Otro alimento de recolección, pingüe en esa zona, eran las bayas que se cocinaban a manera de pastel o se utilizaba como saborizante de la sopa.

La familia hurona era pequeña -3 hijos por familia- quizás, por el alto índice de mortandad infantil o quizás, porque en la lactancia, que duraba de 2 a 3 años, las mujeres se abstentaban de contacto sexual.

Tan pronto como nacía el bebé se le horadaban las orejas con un hueso de pez o con una garra y se le ponían objetos a manera de aretes. También le ponían collar de cuentas que quizá fuesen amuletos.

La educación que recibían estos niños no estaba encaminada a la disciplina sino a las tareas que en su vida de adultos les estarían asignadas. Por ejemplo, los niños desde pequeños aprendían a jugar con el arco y la flecha y pasaban horas fuera de su casa con niños de su misma edad con el fin de adentrarlos en las labores de caza y, sobre todo, en

las habilidades de la guerra; jamás ayudaban a las tareas del hogar. Las mujeres, en cambio, eran adiestradas en las labores del hogar a través de juegos.

A los 15 años los niños debían buscar a su guardián espiritual; esto lo hacían ayunando por 16 días en el bosque en busca de una visión que se anunciase como tal y que perduraba toda su vida.

Si bien los hurones eran monógamos practicaban su sexualidad poco después de terminada su pubertad sin que hubiese un sólo obstáculo por parte de sus mayores. La sexualidad no era parte de los asuntos morales de la comunidad.

Al parecer, no se podían dar matrimonios donde los contrayentes pertenecieran al mismo clan e incluso los jóvenes no tenían relaciones sexuales con aquellos que no fueran elegibles para el matrimonio.

El matrimonio se arreglaba de la siguiente manera: al joven se le recomendaba tal o cual jovencita, si era de su agrado, entonces los padre de éste le daban un obsequio para que éste lo ofreciera a ella y buscara el consentimiento de sus padres sin el cual el matrimonio no tendría lugar. Una vez obtenido este consentimiento él se pintaba la cara y se ponía los más finos ornamentos para ofrecer su obsequio a la elegida, que consistía en un atuendo hecho de piel de castor o en un collar hecho de *wampum*. Si ella aceptaba pasaban un cierto número de noches juntos en las que mantenían contacto sexual. Acto seguido, ella tenía derecho a aceptar o a rechazar el matrimonio. En cualquiera de los dos casos ella permanecía con los regalos que después desplegaba con orgullo. Si se acordaba el matrimonio, el padre de ella daba una fiesta y ésta se convertía en *atenonha* (esposa). Si los padres no estaba dispuestos a convenir en un cierto matrimonio, los jóvenes huían. Si una mujer que hubiese tenido muchos amantes quedase embarazada, ella escogía al hombre que sería su esposo.

Antes del nacimiento de un hijo, el divorcio y la infidelidad eran comunes, pero después las parejas difícilmente se separaban. De cualquier manera, el divorcio se daba sin mayor trámite. La manifestación de tal deseo por cualquiera de las partes era suficiente.

Por lo que hemos podido apreciar, el sentido de libertad estaba arraigado en la sociedad hurona desde la infancia y era una actitud que se manifestaba durante toda la vida. El principio de independencia y dignidad fue muy fuerte en la sociedad hurona, de ahí que fuera honrado aquel guerrero que se manifestase indiferente al dolor, seguro de sí mismo e intolerante ante la limitación. Estos valores de libertad y dignidad eran igualmente aplicados a mujeres y niños. Si bien la mujer no tenía un peso importante en las cuestiones políticas, sobre todo, aquellas que tenían que ver con la guerra, su opinión podía ser expresada libremente y tomada en cuenta, de hecho, existía un consejo de mujeres mayores en el que ellas opinaban acerca de alianzas o de nombramiento de jefes; la mujer tenía la libertad de actuar según sus deseos aun cuando estos fuesen contrarios a los de su marido.

El castigo corporal para educar a los niños era rechazado por los hurones lo que reflejaba el derecho y la dignidad que otorgaban a los niños. Incluso, a aquellos que atentaban contra un clan o una familia, se les instaba al sentido de responsabilidad para con los demás. Más aún, aquellos individuos que fueran demasiado conflictivos para sus clanes o tribus estaban sujetos a sanciones informales o al ostracismo y, en ningún caso, se atentaba contra la libertad o la integridad física del individuo.

Este temperamento hurón de igualdad está, muy posiblemente, vinculado a la ausencia de una complicada estratificación de la sociedad. Sin embargo, como en toda comunidad, existía un grupo de familias privilegiadas gracias al renombre de su linaje o al prestigio adquirido por medio de la guerra.

Las prerrogativas incluían -para los jefes de dichas familias- las mejores comidas en los banquetes, la toma de decisiones previamente consensadas, las ceremonias de curación<sup>18</sup>, la adopción de los prisioneros para torturarlos después, etc. En ocasiones, también poseían rutas comerciales de las que obtenían el pago por su uso, aunque este derecho lo poseía aquel individuo o familia que hubiese abierto un nueva ruta sin importar su rango dentro de la comunidad. El derecho sobre una nueva ruta era el único principio de propiedad que

tenían a la manera occidental. Incluso, estas familias aventajadas no poseían gran cosa porque todo era compartido, la posesión era mal vista y compartir era el único medio de mantener o asegurar el status.

Los hurones eran entrenados, desde muy temprana edad, no sólo a la resistencia física, pensando en la posibilidad de que cayeran algún día en cautiverio donde deberían demostrar honor y valentía sino a encarar el infortunio con paciencia y fortaleza, a no expresar abiertamente sus sentimientos y a desarrollar la actitud de autocontrol que tanto sorprendió a los franceses.

### Estructura política

En la unidad política más pequeña que podemos extraer de la comunidad hurona, existían dos jefes principales quienes tenían a cargo el gobierno y la dirección de cada clan. Uno de ellos era el jefe civil o *sachem*, quien tenía a su cargo los asuntos de la vida cotidiana, los tratados exteriores, las disputas, las fiestas, etc. El jefe militar se ocupaba de cuestiones de guerra únicamente. Estos jefes representaban a los distintos clanes dentro de la villa; en las villas más grandes había varios jefes. Al mismo tiempo, en la política hurona intervenían los hombres más viejos que, si bien no eran los jefes de facto, sus opiniones tenían peso importante en las resoluciones tomadas por los *sachems* o los jefes militares.

No obstante los privilegios que gozaban los jefes, sus funciones requerían gran sacrificio de tiempo y recursos. Tenían que gastar en fiestas, en mantener el apoyo de sus seguidores, en solucionar disputas por medio de regalos, etc. En ocasiones tenían que recorrer grandes trayectorias para reunirse con jefes de otras villas, incluso en invierno.

Por muerte o por remoción, el puesto de un *sachem* era heredado a sus sobrinos, ya fuesen hijos de su hermano o de su hermana. La elección de entre todos se hacía con base en sus propias cualidades: memoria, oratoria, inteligencia, "riqueza", popularidad y habilidad guerrera. La obtención del puesto de jefe militar parece haber seguido el mismo

patrón que el de los *sachems* con la salvedad de que el jefe militar obtenía el cargo vitalicio.

La investidura de los jefes se daba a propósito de la celebración del concilio tribal anual del que hablaremos más adelante. Este ceremonial de investidura iniciaba cuando se adjudicaba el nombre del predecesor al nuevo jefe quien lo usaba en adelante como su nombre personal, lo que indica que un mismo nombre permaneció generación tras generación como título del cargo. Como bien dice Trigger "esta práctica demuestra el gran énfasis que los hurones daban a la continuidad estructural de su organización política"<sup>19</sup>.

Como todas las fechas huronas memorables, ésta iba acompañada de un banquete en el que, además de los consabidos discursos, se regalaban al nuevo jefe presentes por parte de los viejos jefes en nombre de los clanes que representaban. Parte del rito de continuidad consistía en simular la exhumación del cuerpo del antiguo jefe sustituido por el nuevo en una especie de revivificación de las cualidades de áquel y de la supervivencia de las estructuras. Quienes dirigían el curso de la investidura eran dos mujeres, una de ellas, al parecer, era la más vieja de su clan. También el jefe recién investido simulaba el reclutamiento de jóvenes guerreros demostrando así que había heredado no sólo las cualidades sino los poderes del dirigente al que había sustituido.

Los líderes civiles, quizás los más importantes, tenían como función principal la permanencia de la paz tanto al interior como el exterior del clan. Además se encargaban de la organización de las fiestas, la impartición de justicia, la coordinación de ayuda a familias en desastre o -en conjunción con los demás *sachems*- de la villa en general. Los concilios tribales y los concilios de la villa se llevaban a cabo en su casa; en ellos, se trataban los asuntos internos de la villa, tales como el anuncio de las disposiciones tomadas en tales concilios, la aprobación de la celebración de curación, el manejo y salvaguarda del fondo público que se destinaba a múltiples empresas: hacer la guerra, intercambiar regalos con otras tribus, pagar la recuperación de compañeros prisioneros, evitar conflictos, financiar la ceremonia de una investidura, etc. Este caudal se obtenía por medio de donaciones de

los mismos habitantes y del pago de otras villas o tribus por conceptos similares tales como intercambio de prisioneros, acuerdos de paz, resarcimiento de agravios, cuotas de tránsito, etc.

A pesar de que estos jefes representaban a sus clanes, existían principales de mayor envergadura que representaban a la tribu entera. Bien se podría pensar que éstos eran la autoridad máxima y, nominalmente lo eran, sin embargo, los *sachems* manejaban asuntos en los que nadie salvo su propio clan, podía intervenir. Esto sugiere entonces que las unidades políticas más importantes eran, paradójicamente, las más pequeñas y ningún clan podía ser más influyente que otro<sup>20</sup> a pesar de su tamaño.

Por tanto, se sugiere que los jefes tribales, en combinación con los militares, eran necesitados sólo en aquellos asuntos en los que la seguridad y el bienestar de toda la tribu estuviese en peligro como en el caso de que, al no haber podido ser solucionadas por los *sachems*, se hubiesen tornado graves entre distintas villas y que pusieran en riesgo a la tribu entera.

La posibilidad, siempre latente, de una amenaza de tal magnitud y la defensa de estructuras económicas e intereses religiosos trajo como consecuencia la formación de una alianza entre las cuatro tribus huronas llamada Confederación Wendat o Liga Hurona como ya hemos mencionado. Esta alianza se formó, al parecer, con estos jefes de gran jerarquía que, además de participar en los concilios tribales, representaban a todos los segmentos clánicos. Las tribus, a su vez, disfrutaban de distinto rango: Attignawantan era la más poderosa por su tamaño y antigüedad, seguida de Attingueenangnahac, también por su antigüedad.

Los concilios de esta confederación se llevaban a cabo regularmente una vez por año en condiciones ordinarias, es decir, para investir jefes y reforzar lazos amistosos, sin embargo, existían concilios que aquí llamaremos extraordinarios, en los que la nación se congregaba para tratar asuntos imprevistos tales como el asesinato del miembro de una tribu cometido por el miembro de otra; el inminente ataque de tribus iroquesas; el

descenso de población que propiciaron las epidemias por el contacto europeo y los cargos que se les imputaban a los jesuitas ante este hecho; la autorización de que éstos vivieran entre ellos; la alianza con los franceses, etc.

En estos concilios, evidentemente, se ponían en práctica todas aquellas actitudes que se consideraban virtudes como el autocontrol, la tolerancia, la libre expresión de las ideas, la memoria, el discernimiento, etc. porque raras veces los participantes se alteraban y las decisiones no eran acuerdos comunes. Otra parte fundamental del ritual del concilio, además de los obligados banquetes, era demostrar que los participantes habían entendido perfectamente el asunto a tratar repitiéndolo siempre al inicio de su intervención. Así, evitarían desviar la discusión de la cuestión que había motivado su reunión.

Los temas tratados podían llevar horas antes de que se llegara a un acuerdo, sin embargo, existían códigos consuetudinariamente establecidos que hacían más fáciles las resoluciones en los casos de guerra, de brujería, de asesinato o robo. Las determinaciones tomadas en estos últimos casos tenían que ver, en realidad, con la sanción que se aplicaría al infractor y con el monto establecido para el pago de agravios. Los concilios extraordinarios con motivos militares, en los cuales intervenían los jefes militares y no los *sachems*, planteaban cuestiones como las ventajas y desventajas de hacer la guerra, quienes irían, qué se haría con los prisioneros, etc.

No obstante el poder de decisión del concilio, las disposiciones tomadas en él debían ser apoyadas por el resto de los habitantes de las villas.

A pesar de que el estado de guerra entre hurones e iroqueses era crónico, la guerra se cuestionaba, es decir, se sometía al análisis de viabilidad y se llevaba a cabo únicamente en verano y principios de otoño por las condiciones favorables para la defensa que estas estaciones ofrecían.

Las causas de la guerra eran tres principalmente: la obtención de prestigio personal, la venganza de daños ocasionados por otros grupos y la adquisición de prisioneros para



sacrificar al sol o al dios de la guerra. Al parecer la guerra se intensificó cuando los nativos se hicieron más dependientes de la tierra y declinó cuando se empezaron a confederar.

La guerra entre los nativos norteamericanos del noreste del continente no se daba a la manera europea, en primer lugar, porque no había armas de fuego y en segundo, porque no tenían -en un principio- el concepto de aniquilamiento, es decir, la guerra era sólo un medio para obtener prisioneros y no un combate donde las posibilidades de perder la vida son muy altas. Este concepto vino con los europeos, o mejor dicho, con los ingleses y sus armas, dado que el comercio de pieles por armas no tenía ningún impedimento; los franceses, en cambio, sólo entregaban armas a los indios bautizados.

Sus guerras eran incursiones en las que se sitiaba una villa determinada con el mayor sigilo posible, se prendía fuego a las palizadas y se invitaba a pelear a los enemigos fuera de la villa. El mayor trofeo era el cuero cabelludo -*onontsira*- de los enemigos, que se empleaba después para simular guerreros dentro de una palizada. El número de prisioneros -las mujeres y los niños se mataban en el lugar- también determinaba el éxito de la campaña. No todos eran llevados a la Huronia salvo los más fornidos porque exceder el número de prisioneros podía poner en riesgo la nación. El destino de estos prisioneros podía variar. Los que corrían con mucha suerte podían escapar; los menos afortunados, eran bien alimentados para poder resistir la tortura al llegar a la villa, en ocasiones después de dar un banquete en su honor. Otros eran adoptados por aquellas familias que habían perdido un miembro y, con base en su habilidad para relacionarse con dicha familia, podían salvar su vida al convertirse en sustitutos del familiar muerto o ser condenados a la muerte. En este caso, la familia adoptiva daba un banquete en nombre del prisionero antes de su ejecución. La ceremonia de tortura podía durar de cinco a seis días dependiendo de la fortaleza del cautivo y cuidaban que no durara menos. Este ritual se llevaba a cabo en casa de uno de los jefes militares y la comunidad entera acudía como espectador. Se le cortaba gran parte del cuerpo, le quemaban con brasas ardientes y le rompían huesos; su valor era medido dependiendo de la dignidad que demostraba y de la capacidad de

mantenerse cantando hasta el final. Una vez muerto, gran parte de su cuerpo era comido, si el prisionero había demostrado especial valor, el corazón se rostizaba y estaba destinado a los jefes y guerreros jóvenes.

La utilización de espías era un método ineludible. Se les mantenía por medio de regalos y eran ellos los que avisaban cuando las condiciones eran óptimas para el ataque. De igual forma, avisaban de partidas de enemigos que llegarían a atacar; cuando estos se tornaban peligrosos los mataban. Al mismo tiempo, los hurones estaban pendientes de descubrir espías entre sus miembros. La traición era uno de los más graves delitos que en ocasiones se castigaba con la muerte. Si los hurones se veían rodeados a punto de ser sometidos, los viejos peleaban para dar oportunidad a los jóvenes de escapar.

La guerra era una celebración porque probablemente afirmaba el poderío, la valentía y la autonomía. Los concilios de guerra iban acompañados por un banquete con danzas y cantos y se solicitaba la ayuda del dios de la guerra (*Ondautaehte*) o de seres sobrenaturales. Los sueños tomaban especial significado en la preparación de una incursión. Los shamanes, parte fundamental del complejo cultural hurón, influían considerablemente en el ánimo de los guerreros, predecían acontecimientos y lograban ver la suerte de los guerreros por medio del fuego.

### Estructura económica

El sustento más importante de la cultura hurona es, sin duda alguna, la agricultura. Los productos extraídos de la tierra formaban el 75% de su dieta total. El maíz era el más importante, sin embargo, se cultivaban frijol y calabaza; el tabaco se producía en cantidad suficiente para el autoconsumo exclusivamente. Se cultivaba girasol para extraer su aceite. El maíz y el tabaco parecen haber estado en Ontario con anterioridad al año 1000 a. C., el girasol no antes de 1300 d. C. y el frijol y calabaza no antes de 1400<sup>21</sup>.

A diferencia de lo que comúnmente se piensa el papel del hombre en la agricultura era el más pesado. A él le correspondía limpiar los campos para ser cultivados, esto es, derribar las ramas de los árboles con hachas de piedra (antes de la llegada de los europeos) las cuales ponía al pie del árbol, les prendía fuego para matarlo y derribarlo con esas mismas hachas. De su tronco, si era delgado, se abastecían de leña para el hogar y de madera para la construcción. A la mujer le correspondía limpiar la tierra de corteza y piedras, sembrar las semillas, cuidar la cosecha, recogerla y preparar la comida.

Cuando la tierra se erosionaba, aproximadamente cada 10 ó 20 años, la villa se reubicaba y el proceso de limpia de campos se reiniciaba. La nueva locación nunca era demasiado lejos de la antigua porque el campo tenía que limpiarse con 2 ó 3 años de anticipación. Se llegaban a sembrar por lo menos 7,000 acres (404 hectáreas) de tierra dada la cantidad de habitantes de la villa. De cualquier manera, era necesario producir más de lo que consumían por varias razones de igual importancia. Primero, debían contar con un excedente para prevenir futuras hambrunas por malas cosechas; segundo, debían reservar parte de la producción para ayudar en caso de que alguna villa vecina padeciese hambruna y tercero, el resto se comerciaba intercambiándolo por productos de caza de las tribus del norte, productos muy apreciados entre los hurones porque se utilizaban generalmente como parte del menú de una celebración.

Los hombres limpiaban el terreno que produciría el alimento de su casa y el sobrante que era necesario, pero en ningún caso ese terreno se consideraba propiedad. La mala cosecha del mismo no significaba hambre para la familia entera, pues otras familias les proporcionaban alimento. El supernumerario era comunitario.

Las cosechas iban acompañadas de ritos y banquetes en honor a los entes sobrenaturales que tenían control sobre el clima, se esperaba alejar las sequías o las nevadas con la colaboración de los shamanes que mejor estaban versados en el conocimiento de los dioses que determinaban el clima.

El pescado era también parte importante de la alimentación hurona. Actividad propia del hombre. Pescaban de dos formas: en los ríos con una especie de harpón hecho de madera con punta de hueso y en las presas y lagos con redes hechas de canabina o cáñamo. La pesca estaba condicionada a las estaciones del año. En otoño se pescaba principalmente en la bahía de Georgia, una especie de pez parecido al salmón, trucha y esturión, los cuales desventraban y secaban, ahumaban o hervían para extraer aceite, en el mismo lugar donde pescaban. Como el proceso requería de mucho tiempo, los indios construían casas provisionales a las orillas de los ríos o lagos a la manera algonquina para dormir y conservar los pescados. El arenque, pescado en redes, formaba parte de la variedad comestible. En invierno la pesca se hacía a través del hielo por medio de redes que se introducían en hoyos que le hacían en forma circular.

Al igual que la caza, la pesca necesitaba de ciertos ritos que invocaban ayuda sobrenatural. Para asegurar una buena pesca, el tabaco era quemado y aventado al agua para aplacar a los espíritus. Cada casa provisional de pesca estaba dotada de un shaman facultado para atraer a los peces. Cuidaban de quemar los huesos tanto de los animales de caza como de los peces por la creencia de que su espíritu podría enojarse y mandarles calamidades o, en el mejor de los casos, mala pesca.

Los hurones pensaban que sus costumbres de caza y pesca provenían de los algonquinos y quizás esto fuera cierto. Al igual que los algonquinos, entre los ritos propiciatorios para lograr una buena pesca cada año "pescaban", como uniendo en matrimonio simbólicamente a dos jovencitas vírgenes, con una red. El espíritu de la red unido a las jóvenes tenía así el significado de fertilidad. El premio a la familia de las niñas era una cantidad mayor en el reparto de las ganancias pesqueras.

Asimismo, la caza guardaba este sentido ritual. Los amuletos proporcionaban la seguridad de la buena jornada. En ocasiones eran piedras de formas peculiares, objetos revelados en sueños o amuletos intercambiados con tribus vecinas, especialmente con los algonquinos y poseían tal valor que eran heredados de generación en generación.

Los principales productos de caza eran el castor y el oso. Aquel era cazado principalmente en invierno cuando su piel era de mejor calidad que en verano. El método seguido para tal efecto consistía en hacer hoyos en el techo de sus madrigueras donde arrojaban humo forzándolos a salir a tomar aire para, al momento, cazarlos. Su carne se comía fresca o ahumada y su piel era de gran valor aun antes de la llegada del europeo. El oso se cazaba acorralándolo con perros entrenados y liquidándolo con flechas. Su carne era especial para banquetes y las entrañas se daban a los perros. Cuando estos osos eran pequeños y sus madres ya habían sido muertas, se conservaban por años, se les daba nombre y en la edad adulta eran sacrificados.

Para cazar venado, los indios tenían que recorrer grandes distancias y habitualmente lo hacían en otoño. Otras expediciones salían a finales del invierno y en ellas sí participaban las mujeres que ayudaban a cortarlos y a cargarlos. Quizás las mujeres no iban en otoño porque la temporada de guerra aún estaba vigente.

Los perros entre los hurones tenía distintas utilidades. Ya hemos visto que formaban parte de la cacería del oso, pero también se utilizaban para el sacrificio y los banquetes y, en otras ocasiones, se adoptaban como mascotas que no eran sacrificadas.

La manufactura entre los hurones se distinguía entre los productos para el autoconsumo y los productos realizados para el comercio. Al parecer, cada familia constituía una unidad independiente de producción. Las actividades implicaban claras distinciones entre hombres y mujeres. Las tareas de casa, la preparación del alimento, generalmente de maíz, que se comerciaba con las tribus del norte; la confección de esteras hechas de hoja de maíz o de caña para uso de puertas o plataformas, de canastas, cazos y recipientes, de collares y brazaletes; la curación de las pieles para hacer ropa y bolsas eran actividades femeninas. La construcción de casas, palizadas y canoas; el tejido de redes; la creación de arcos, flechas, hachas y anzuelos; la confección de armaduras, zapatos, trineos y garrotes, de pipas rituales y de amuletos formaban parte de las tareas del hombre.

Hemos podido comprobar a lo largo de este capítulo, las relaciones que mantenían los hurones con las tribus algonquinas del norte en cuanto a hábitos y comercio se refiere. Con las tribus del sur, la guerra constante había casi agotado las relaciones culturales y económicas. Sin embargo, la posición geográfica de la Huronia les permitía mantener el control del monopolio de productos algonquinos procedentes del valle del san Lorenzo a Ontario lo que obligaba a ciertas etnias iroquesas a comerciar con ellos como los neutrales que deben su nombre a la posición política mantenida en el conflicto permanente entre iroqueses y hurones o los eries. De cualquier forma, los productos que requerían de estos grupos sureños eran artículos de lujo como tabaco de mejor calidad, piel negra de ardilla o aceite de pescado del sur, por lo que no existía verdadera necesidad de contacto. En cambio, pocos eran los artículos de lujo que obtenían del norte como ropa de invierno, amuletos, piel de búfalo y algo de cobre de las minas del Lago Superior. En consecuencia, la mayor parte de los bienes obtenidos del norte eran de primera necesidad como la carne, el pescado y las pieles que se intercambiaban por maíz, frijol, calabaza y cerámica. Tal dependencia demuestra las relaciones amistosas que los hurones se cuidaban de conservar. Este comercio se hacía en dos sentidos: cuando los algonquinos bajaban a acampar a orillas de la nación hurona y cuando los hurones subían a través de las rutas marítimas.

Como ya hemos dicho, estas rutas estaban en posesión de la familia particular que las hubiese descubierto y el tránsito por ellas requería un permiso expreso obtenido por medio de regalos a la familia poseedora. Los derechos de estas rutas eran heredados y proporcionaban renombre y "riqueza" a sus dueños. A quien atentaba contra tales derechos le eran confiscados los bienes obtenidos y se le reprochaba su conducta. La protección de dichos derechos aun cuando fuesen de una sola familia era asunto de toda la comunidad porque sabían que los beneficios se proyectaban sobre toda la nación. Para facilitar esta labor, los hurones cuidaban bien sus relaciones con grupos vecinos por medio de banquetes, regalos y discursos en los que reiteraban su amistad.

## Estructura religiosa

Al principio de los tiempos, Ataentsic vivía en el cielo. Un día al perseguir un oso o cortar un árbol en busca de medicina para su marido, cayó por un hoyo hacia la tierra. Una tortuga que presintió la caída pidió a un animal acuático sumergirse al fondo en busca de un puño de tierra para ponerlo en su espalda y así, suavizar la caída de Ataentsic. Cuando ésta cayó, estaba embarazada. Dio a luz a dos niños: Tawiscaron y Iouskeha que con el tiempo se convirtieron en hombres. Un día pelearon entre ellos porque Tawiscaron había heredado las actitudes malas de su madre. Éste peleó con los frutos de una planta silvestre y su hermano con los cuernos de un ciervo. Iouskeha lo golpeó tan fuerte que le hizo brotar sangre y mientras Tawiscaron huía, esparcía gotas de sangre que, al caer en tierra, se convertían en pedernal (tawiscara). Este es el mito hurón de la creación del mundo.

Ataentsic es la primer mujer que existe sobre la tierra y es la matriarca de la raza humana. Sin embargo, su naturaleza es mala y dedica su tiempo a destruir lo que su hijo construye. Ella es la causante de las desgracias que suceden al hombre tales como la muerte, las epidemias, los incendios y además esta encargada del alma del hombre después de su muerte. Es una mujer vieja pero tiene poder para rejuvenecerse y embellecer cuando así lo desea; está generalmente asociada con la luna.

Por su parte, Iouskeha es el autor de las cosas buenas y de la vida. Él produce el maíz y el buen clima; ha creado los ríos y los lagos liberándolos de la axila de una rana. También liberó a los animales cautivos en una gran cueva en donde los habían herido en una extremidad para que el hombre pudiera cazarlos fácilmente. Es inmortal y puede rejuvenecerse si así lo desea. Está relacionado con el sol.

Ambos vivían muy lejos de Huronia al oeste en donde se creía que estaba ubicada la aldea de la muerte. Era peligroso visitarla porque Ataentsic dañaba a los visitantes aunque Iouskeha intentaba protegerlos. Trigger ha dicho que el verdadero significado del papel de estos dioses es la compensación de aquellas acciones que en la vida cotidiana cada uno de

los sexos no puede asumir, es decir, se mitifica a la mujer como un ser destructor y peligroso y al hombre como creador y salvador. Desde mi punto de vista, el papel que se atribuye a estos dioses creadores del mundo, y por tanto, más importantes aunque no más socorridos, es fundamental para entender no sólo su visión del mundo y la importancia de los elementos naturales que los rodean sino las posibilidades y límites de su propia conciencia y el balance entre el bien y el mal atribuídos sexualmente.

El cielo ha parido a la matriarca de la raza humana. Mujer que representa la conservación, es también símbolo de fertilidad por definición. Ella ha dado a luz a dos seres que representan el bien y el mal. Éste ha sido vencido por aquél. El equilibrio no puede romperse porque la raza humana está irremediamente atada a estas dos condiciones. La trasposición del mal se da hacia la madre de lo que resulta una compensación; sin olvidar este balance, entonces la diosa se ubica como dadora de vida innata y la destructora de ella misma por elección. El dios masculino es entonces el vencedor de la causa justa, el que no da vida, y sin embargo, la protege.

La sociedad hurona estaba estrechamente vinculada al mundo sobrenatural y a los sueños. Las actividades relacionadas con la sobrevivencia iban siempre precedidas de un ritual que los ponía en contacto con espíritus que influían, si no es que determinaban, el mundo físico. Estos espíritus llamados *okis* estaban presentes en todos los elementos que rodeaban su vida: el cielo, los ríos y lagos, las rocas, los árboles, los animales e incluso los artículos que ellos mismos manufacturaban. Los *okis* podían conceder poderes inusuales característicos de los grandes guerreros, los shamanes y los comerciantes exitosos. También influían en la salud, en la enfermedad, en la guerra, en el comercio, etc. En consecuencia, estos entes espirituales tenían que ser honrados y agazajados porque ellos determinaban el curso de su vida. El abstenerse de hacerlo podía proporcionar terribles desgracias sobre su nación.

Seguramente estos *okis* eran seducidos por Ataentsic y Iouskeha. El cielo, uno de los más importantes *okis* en la cosmogonía hurona, podía sucumbir ante los deseos de



cualquiera de estos dioses. Él controlaba las estaciones del año, los vientos y mareas, por tanto, había que honrarlo a través de ofrendas de tabaco y sacrificios humanos para mantenerlo bajo la influencia de Iouskeha, de lo contrario, este gran *oki* podía ofenderse y tomar en cuenta las insistencias de Ataentsic.

La única manera de ser favorecidos por todos aquellos seres de los que dependía la armonía de la raza humana era venerarlos por medio de ceremonias, bailes, cantos, ofrendas y, en algunos casos, sacrificios. No está muy claro si tal veneración se daba con este único propósito o bien como parte del *enditeuhwa*, o fiesta de dar gracias. La confusión surge porque este banquete se daba con objeto de agradecer buena fortuna, buena caza o pesca, buena cosecha, el restablecimiento de un enfermo, haber podido escapar del enemigo, etc. y todas estas circunstancias, como hemos señalado anteriormente, son acciones propias de Iouskeha.

Ahora bien, hemos podido apreciar a lo largo de este capítulo, que las fiestas-banquetes de los hurones eran un elemento no sólo de reafirmación cultural sino de aglutinamiento social. La investidura de un jefe, las acciones militares, las expediciones de caza y pesca, el matrimonio, la cosecha, la amistad eran actividades civiles que iban acompañadas de una celebración.

Dado que no hay un culto específico hurón, las celebraciones civiles de este tipo no tienen paralelo en la esfera religiosa.

Sólo existen tres tipos de banquetes religiosos: *enditeuhwa*, que ya se ha explicado; el *athataion* que se da con motivo de una despedida para aquel que está a punto de morir y las fiestas de curación.

Las fiestas de curación eran un acontecimiento muy importante en la cultura hurona. Se celebraban con objeto de reestablecer la salud de algún habitante que fuera de rango superior exclusivamente y se llevaban a cabo por miembros que pertenecían a una sociedad de curación. Dichas sociedades tenían un líder que heredaba el cargo y aquellos a quienes curaba generalmente se volvían miembros de las mismas.

Una de las más conocidas sociedades de curación fue la llamada *Atirenda* ubicada en el este de la nación hurona contaba con 18 miembros incluidos entre ellos 6 mujeres. Su principal danza era la *otakrendoiae* en la que sus miembros simulaban una matanza agrediéndose con colmillos de lobo, piedras, garras de oso, etc. Cuando los miembros caían debido al embrujo de estos amuletos, la sangre emanaba de su boca o nariz, probablemente simulada con pintura. Al parecer este ritual tuvo su origen en las tribus algonquinas del norte.

Otra sociedad practicaba la danza llamada *awataerohi*, descrita como la más efectiva para curar enfermedades. Los miembros de esta sociedad manejaban carbón y piedras al rojo vivo lo que hacía muy dramático el ritual. Mascaban carbón y calentaban sus manos con este aliento para después frotar las partes enfermas del paciente. La utilización de carbón o piedras ardientes era la herramienta fundamental de curación: la arrojaban al paciente, le gruñían al oído con tal aliento o rodeaban con ellos su casa<sup>22</sup>. No podemos hablar de la efectividad médica real de estas sociedades, sin embargo, dado el peso social de éstas y la jerarquía de sus miembros podemos concluir que, en la estructura mental hurona, eran efectivas. De igual forma, debemos resaltar que entre los hurones existían conocimientos, aunque poco desarrollados, acerca de hierbas y plantas; de curación de fracturas o hinchazón; de remedios por medio cataplasmas o vómito. Cuando tales remedios no curaban al paciente se determinaba que las causas provenían de factores ajenos al cuerpo, esto es, brujería y/o deseos insatisfechos. En ambos casos eran los shamanes quienes se encargaban de curar al embrujado o al insatisfecho gracias a sueños o visiones que proporcionaban información acerca del paciente y su mal. Se creía que el embrujo se introducía al cuerpo por medio de amuletos que debían ser extraídos provocando el vómito o extrayéndolos con la punta de un cuchillo sin dejar cicatriz. Los deseos insatisfechos se manifestaban por medio del sueño y podían ir desde objetos simples en cuyo caso la comunidad se hacía cargo de satisfacer, hasta apetencias sexuales.

Si la demanda del paciente era materialmente imposible de satisfacer, la comunidad podía intentar disuadirlo o representar su deseo simbólicamente.

Los shamanes (*arendiwane*) eran parte fundamental de la sociedad hurona. Los más importantes eran los que tenían habilidad especial para curar enfermos (*ocata o saokata*), por sobre los que controlaban los elementos naturales, los que predecían el futuro y los que encontraban objetos perdidos. Los sueños y visiones que ellos tuvieran eran de gran importancia para la comunidad dado el poder que los *okis* habían depositado en ellos y la jerarquía que tenían dentro de la sociedad. Sin embargo, los sueños sucedían en todos; eran la expresión más valiosa del alma y eran avisos de eventos futuros o de posibles amenazas. La importancia del significado comunitario de dichos sueños estaba en estrecha relación con la importancia del sujeto que los soñaba. Por tanto, la comunidad estaba al pendiente del sueño de un jefe de guerra o civil o un shaman e incluso de algún propietario de ruta comercial.

Si el shaman diagnosticaba la muerte inminente del paciente, se llevaba a cabo un banquete de despedida en el cual se le vestía, aún vivo, con el traje con el que lo enterrarían. Una vez muerto, su cuerpo era flexionado en forma fetal y se ataba con un más fino manto. Las ceremonias *post mortem* eran responsabilidad de otra familia que no tuviese parentesco con el difunto como símbolo de ayuda al clan que había sufrido tal pérdida. El entierro tenía lugar tres días después del fallecimiento con objeto de esperar aquellos amigos o jefes que vivían lejos. Al amanecer, cuando ya habían llegado todos, se iniciaba el funeral después de un gran desayuno. El cadáver se cubría con una manta hecha de piel de castor y cuatro hombres lo llevaban en una estera hacia el cementerio que se ubicaba en las afueras de la villa. Algunos objetos eran enterrados junto con él debido a que le serían útiles en la aldea de la muerte. El duelo podía durar hasta un año en el que los deudos no se casaban de nuevo, no arreglaban su persona, no asistían a otros banquetes y no iban de pesca. Para el hurón existían dos almas, una permanecería con el cuerpo por siempre a menos de que renaciera en un bebé; la otra, permanecería con el

cuerpo hasta la Fiesta de la Muerte cuando emprendía el viaje a la aldea de la muerte que, se creía era exactamente igual que Huronia con la diferencia de que en aquel lugar no existía la felicidad: las almas se lamentaban perennemente. Las almas de los niños y de los viejos no eran capaces de hacer tal viaje por lo que permanecerían en sus villas, tendrían que esperar a que el alma de una mujer pasara y se embarazara para poder ser paridos en la aldea de la muerte. Los suicidas y los que habían tenido muerte violenta no tenían acceso a tal aldea y no serían exhumados para reenterrarse en la Fiesta de la Muerte. Se quemaba la carne de aquel que hubiese muerto ahogado o congelado para aplacar al cielo o al espíritu del lago y sus huesos se enterraban en una zanja.

La Fiesta de la Muerte era una fiesta de toda la tribu que se llevaba a cabo cada 10 ó 20 años para reenterrar en una gran fosa a todos aquellos que no habían tenido una muerte violenta. Al parecer, esta ceremonia tenía lugar cada vez que la villa misma se mudaba. Los hurones pensaban que, al estar enterrados juntos los restos de sus seres queridos, ellos estarían obligados a vivir en unidad y armonía.

Este ritual duraba diez días. Los primeros ocho estaban dedicados a preparar los cuerpos y la fosa. Las mujeres tenían que separar los huesos de la carne y vestimenta remanente para ser quemadas; los huesos, por otra parte, se limpiaban y se ataban con nuevas pieles de castor. Si el muerto era reciente se dejaba intacto. Los hombres, por su parte, cavaban la gran fosa y alrededor de ella construían una plataforma de 10 pies de profundidad y 15 de diámetro, sobre ella colocaban un andamiaje de madera para exhibir los paquetes que contenían los huesos. Terminadas estas tareas, los paquetes eran reabiertos para llorar por última vez a los muertos y depositar obsequios adicionales; se ponían a la orilla de la fosa y, entonces, se llevaba a cabo el primer banquete con cantos y danzas en el que se numeraban los regalos recibidos por los muertos muchos de los cuales eran repartidos entre los participantes, de tal suerte que todos recibían regalo. Al amanecer, los paquetes cerrados de nuevo, eran acomodados en la fosa y sobre ellos colocaban los tirantes del andamiaje. Las piezas de madera con las que se había construido

la plataforma eran puestas de tal manera que simulaban una choza como última morada del cuerpo. Entonces otro festín se llevaba a cabo en el que era claro que los lazos entre vivos y muertos habían quedado reforzados. Compartir el destino final implicaba concordia en el presente temporal.

1. D. Francis, Origins, Canadian History to Confederation, Toronto, Holt, Rinehart and Winston of Canada, L.T., 1988, p. 1
2. F. Hoxie, Indians in American History, Illinois, Harlan Davidson Inc., 1988, p. 23
3. Ibidem, p. 41
4. B. Morrison, Native Peoples: The Canadian Experience, 2da. ed., Canadá, McClelland and Stewart Inc., 1995, p. 24
5. Ibidem, p. 26
6. B. Trigger, Natives and Newcomers, Manchester, McGill-Queen's University Press, 1985, p. 43
7. F. Hoxie, op. cit., p. 20. Existe otro tipo de clasificación pero que no incluye el norte de México aún cuando es parte de lo que llamamos Aridoamérica. Véase D. Francis, op. cit. Por tal motivo, he escogido esta clasificación que, a mi parecer, es más completa. Para mayor información de áreas como Costa Noroeste, Lejano Oeste, Suroeste y Planicies, véase J.D. Jennings, ed., Ancient North Americans, San Francisco, 1983
8. Ibidem, p. 28
9. D. Francis, op. cit., p. 14
10. Idem
11. Ibidem, p. 12
12. G. Nash, Pieles rojas, blancas y negras, México, Fondo de Cultura Económica, 1974, p. 45
13. F. Parkman, France and England in North America, Londres, Faber and Faber, 1954, p. 37
14. C. Brown, La Historia Ilustrada del Canadá, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 68
15. apud. B. Trigger, Hurons, Farmers of the north, California, Holt, Rinehart and Winston, 1969, 130 p
16. Ibidem, p. 12
17. Ibidem, p. 56
18. Infra
19. Ibidem, p. 70

### CAPÍTULO III

#### Los Jesuitas

*O happe me! who shall fulfill in my body what sufferings are wanting to Christ*  
 Jacques Buteux

En el siglo XVI, la Iglesia católica, buscó replantear su objetivo y sus métodos por medio del Concilio de Trento. Esta "revolución" eclesiástica que se bautizó con el nombre de Contrarreforma propuso un cambio en la actitud religiosa de sus miembros. El Concilio de Trento, iniciado en 1545, de donde se desprendió esta postura, pretendió mantener el dogma intacto pero propuso un cambio estructural en donde la autoridad papal fuese absoluta, se prohibiese la acumulación de bienes y se diera nueva vida a la Inquisición, ahora Santo Oficio, además de la aprobación de la Compañía de Jesús. Uno de sus motivos principales fue luchar contra el movimiento de Reforma iniciado por Lutero y continuado por Calvino que había sido excepcionalmente acogido por la Europa capitalista y que tenía como propósito protestar contra la corrupción en la que había caído la Curia Romana para entonces. La Iglesia jerárquica debía renovarse antes que morir, esto es, readaptar los métodos eclesiásticos ante la transformación que el mundo y, con ello, la mentalidad estaba sufriendo hacia la modernidad. Había que encontrar nuevos caminos hacia la salvación, una salvación mucho más incierta -que no la simple compra de indulgencia- pero más eficaz por medio del sacrificio y la imitación de la vida de Cristo.

La Compañía de Jesús se estableció justamente como la mejor arma para entablar tal combate. Su fundador, Ignacio de Loyola, se convirtió así en el *general* que dirigió a sus *soldados* en la defensa de la religión católica. Como las demás órdenes de su tiempo, esta compañía observó los mismos votos de pobreza, castidad y obediencia añadiendo a ellos, el de la obediencia absoluta al Pontificado. Así, en sus Constituciones -manual de reclutamiento e ingreso y reglamento de disciplina- quedó asentado que:

Cualquiera que en nuestra Compañía, que deseamos se distinga con el nombre de Jesús, quiera ser soldado para Dios bajo la bandera de la Cruz, y servir al solo Señor y a la Iglesia su Esposa bajo el Romano Pontífice Vicario de Cristo en la tierra, tenga entendido que, una vez hecho el voto solemne de perpetua castidad pobreza y obediencia, forme parte de una Compañía fundada ante todo para atender principalmente a la defensa y propagación de la fe ... y alcanzar con todas sus fuerzas este fin que Dios lo propone; cada uno, sin embargo, según la gracia que el Espíritu Santo le comunique y el grado propio de su vocación.<sup>1</sup>

Dicha fórmula compendia la naturaleza jesuítica: defensa y propagación de la fe católica; sujeción incondicional al Papa; castidad, pobreza y obediencia; voluntad, conciencia y vocación adaptadas individualmente. Así, la Compañía de Jesús se convirtió en el brazo más eficaz de Roma que lejos de ser una orden contemplativa y de encierro más (sinónimo de ociosidad) debía realizar su actividad, dirigir su sentido hacia las necesidades espirituales del mundo en el que vivía y se desarrollaba. Mejorarlo transformándolo gozosamente para gloria de Dios era la base que sustentaba su existencia misma. A decir de Aranguren "la Compañía de Jesús es la primera y más perfecta expresión religiosa de la concepción moderna de la vida, volcada a la vida activa".<sup>2</sup> El espíritu que le dio origen se avenía de maravilla con las tendencias renacentistas y el humanismo de aquellos tiempos. Replantear el mundo en torno del hombre con todas sus posibilidades y carencias era exactamente lo que entendieron los jesuitas haciendo de esto el motor que los impulsaría a actuar. Secularizar la piedad hasta donde el dogma lo permitiera era la meta. La vida de Cristo, pobre y humilde, era el patrón de conducta a seguir. Poseer el mundo y verter sobre él el ejemplo de sacrificio y devoción -cada quien según su potencial- era la consigna. Anunciar al mundo el amor gratuito era la función. Para los jesuitas la obediencia a Jesús es la que salva y la conformidad con esa obediencia es la que ayuda a salvar.<sup>3</sup> Pensar en "por Cristo" resolvía todos los porqués.

El sentido de libertad y responsabilidad que a cada quien corresponde va a tomar nuevas formas en Ignacio de Loyola a partir de la conciencia y la voluntad personales. Para él, el hombre comete pecados, de ahí que el examen de conciencia tiene un papel fundamental en la receta jesuita. Junto con las Constituciones, los Ejercicios espirituales - obra escrita por él - son los textos fundacionales de la orden que "fueron lo bastante rígidos como para evitar desviaciones y lo bastante flexibles para dar lugar a una prodigiosa adaptación de sus enseñanzas a las más diversas épocas y lugares".<sup>4</sup> Estos Ejercicios intentan templar el espíritu y fomentar el dominio de sí mismos de cualquiera que a ellos se acerque considerando su particular capacidad, es decir, anuncian el advenimiento del hombre moderno, tomando en cuenta la individualidad de su propia conciencia, de su libertad y su responsabilidad. "El espíritu del ejercitante es celosamente conducido a través de un programa minucioso de actitudes corporales, de representaciones imaginativas, de excitación de determinados afectos y de toma de resoluciones por la voluntad".<sup>5</sup>

Hemos hablado del amor gratuito; los jesuitas sostienen la gratuidad de la salvación, sin embargo, también sostienen que el hombre mismo por medio de la voluntad y la oración puede propiciar su salvación, de lo contrario, es culpable. Para San Ignacio, el hombre en constante examen personal de conciencia puede llegar a convertirse en su propio inquisidor y estar siempre alerta para no cometer los mismos pecados nuevamente. Aquel que fuese ya cristiano encontraba, entonces, la posibilidad práctica de acceder a la gloria de Dios y, para aquellos que aún no conocieran la Palabra de Dios, la cuarta bula de Paulo III *Licet debitum* facultaba al General para enviar también entre los infieles a estos religiosos:

Como en la sexta Parte se trata de lo que deben observar los de la Compañía cada uno para consigo, así en esta séptima, de lo que para con los prójimos, que es fin muy propio de nuestro Instituto, repartiéndose los de la Compañía en la viña de Cristo, para trabajar en la parte y obra de ella que les fuere cometida,



ahora sean enviados por orden del Vicario Sumo de Cristo nuestro Señor por unos lugares y otros, ahora por los Superiores de la Compañía que así mismo les están en lugar de su divina Majestad, ahora escogan ellos mismos dónde y en qué trabajar, siéndoles dada comisión para discurrir por donde juzgaren se seguirá mayor servicio de Dios nuestro Señor y bien de las ánimas, ahora el trabajar no sea discurriendo, sino residiendo firme y continuamente en algunos lugares, donde mucho fruto se espera de la divina gloria y servicio.... enviarlos entre fieles e infieles, no entendiendo la Compañía para algún lugar en particular, sino para ser esparcida por el mundo por diversas regiones y lugares, deseando acertar más en esto como hacer la división de ellos el sumo Pontífice... dejando al Superior el juicio de los que fuesen más aptos para tal misión.<sup>6</sup>

Para tal efecto, los religiosos eran conminados a no crear vínculos de permanencia en algún lugar determinado porque debían estar preparados para ser enviados a "cualquiera región ya fuese entre los turcos o a cualesquiera otros infieles, incluso en las regiones que llaman Indias; o a cualesquiera herejes, cismáticos o a los fieles cristianos que sea... antes de echar sobre sus hombros esta carga, ponderen despacio y a fondo si tienen tanto caudal de bienes espirituales que puedan dar cima a la construcción de esta torre ...".<sup>7</sup> Así, tendrían que estar capacitados para vivir en misión y "predicar en pobreza' como los primeros apóstoles enviados por Jesús".<sup>8</sup> Había que estar preparados para la *Fuga Mundi* a la manera religiosa antigua pero se adaptaba al jesuita para desarraigarse de sí mismo y vivir justamente en misión dentro del mundo.

El caso francés con respecto a la Contrarreforma tuvo sus propias características. La primera de ellas fue el galicanismo que insistía en la autonomía de la iglesia francesa con respecto a Roma, característica ésta que apoyaban fundamentalmente el *Parlement* y la Sorbona. La monarquía siempre había ejercido un fuerte control sobre la iglesia galicana. Francisco I, en 1516, había logrado a través de un concordato verificar su poder absoluto en cuanto a los nombramientos de las altas dignidades eclesiásticas del reino. El Papa conservaba sus derechos intactos y se había reservado la libertad de confirmar dichos

nombramientos, sin embargo, los reyes siempre se adjudicaron la facultad de proteger a su iglesia y lo hicieron hasta la Revolución Francesa. Incluso la monarquía galicana echó mano del Evangelio para cuestionar los poderes que Roma se había otorgado a sí misma.

De todas las iglesias europeas, la francesa era de las menos ricas y escandalosas, conservaba aún la disciplina, la piedad y la erudición. Existían por toda la Galia órdenes contemplativas y de caridad en pleno vigor como la abadía de Port Royal, el seminario de St. Sulpice, etc. Deseaba una reforma pero dentro de su propia tradición al reconocer todos los tesoros espirituales que estaban asociados con ella. Por eso es que no sorprende el hecho de que el protestantismo no haya podido sentar sus reales en Francia.

Si bien la lucha fue prolongada y sangrienta, los reyes junto con la ciudad más importante de ese reino, París, decidieron permanecer católicos. Los protestantes siempre fueron, aunque peligrosa, una minoría a pesar de contar entre sus filas con personajes como Lefebvre d'Étaples o Margarita de Angulema, hermana del mismo rey.

Los decretos tridentinos no tuvieron, en un principio, mucha difusión en Francia ya que estaba convulsionada por las Guerras religiosas de las que hemos hablado anteriormente. Una vez pasadas éstas, el reconocimiento de tales decretos se sometió a otra difícil prueba: la oposición que presentaba ante éstos el *Parlement* "basándose en que exaltaban el poder de la Santa Sede y hacían independiente a la jurisdicción eclesiástica del control estatal, una actitud que fue apoyada por poderosos elementos de los Estados Generales y por algunos de los teólogos de la Sorbona".<sup>9</sup> A la luz del galicanismo resulta entonces fácil entender porqué los acuerdos de Trento no fueron puestos en vigor en Francia inmediatamente después. Más aún, los jesuitas no fueron vistos con buenos ojos dado que resultaban a simple vista la guardia pretoriana de la Curia Romana además de ser una amenaza para la Sorbona en cuestiones de enseñanza teológica. Para 1556 había sólo dos comunidades jesuitas en toda la Galia: una en París y otra en Billom. Lo que resulta irónico es que San Ignacio haya querido adoptar el sistema educativo que pudo conocer en París y que haya sido este lugar de los últimos en conocer y aplicar su método.

Entre tanto, en esta precaria situación de cara a la conquista colonial llegaron por primera vez a Canadá los jesuitas a hacer su labor misional como más adelante veremos.

Pero antes de que éstos pisaran el Septentrión americano, ya habían ingresado al territorio otros religiosos, el primero de ellos fue un secular llamado La Fleché que, habiendo llegado a Canadá en 1601, bautizó a los primeros 21 indígenas pero sin instrucción previa, por lo que, bajo ninguna consideración, se puede decir que éstos iniciaron la lista de conversos ya que el simple bautismo no consiguió transformar sus costumbres. Sin un seguimiento riguroso y tenaz, no sólo de la instrucción en la fe sino del aprendizaje de los modos de vida "civilizada", la posibilidad de conversión era virtualmente imposible. De esto se dieron cuenta los recoletos, frailes franciscanos provenientes de la rama más austera de esta orden y primeros en entrar a este territorio. Los recoletos llegaron a petición de Champlain para promover la religión católica entre los indios.

Desde un principio - 1608 - Champlain había solicitado la llegada de los jesuitas, financiados desde luego, por la compañía que tenía como objeto colonizar, pero su petición fue rechazada porque De Monts, quien tenía a cargo la *Compagnie des Associés*, profesaba la fe calvinista. Sin embargo, esta misma compañía consintió en financiar la labor misionera de los recoletos, quizá por el contraste económico que existía entre las dos órdenes o quizá por la diferencia de peso político que poseía cada una. Denis Jamay, Jean d'Olbeau y Joseph le Caron fueron los tres primeros recoletos en pisar territorio canadiense. Jamay permaneció en los alrededores de Quebec; a d'Olbeau le fue asignada para la conversión de los montañeses - algonquinos- y Le Caron se dirigió hacia las tierras de los hurones. Fue éste último quien introdujo en el aprendizaje de la lengua hurona a Jean de Brebeuf. Para 1620-21 construyeron un convento y una capilla, la primera en Canadá, sobre la rívera del St. Charles, muy cerca del fuerte de Quebec, al que llamaron Notre-Dame des Anges. Para 1624, cinco misiones dirigidas por recoletos habían sido

establecidas: Tadoussac, Quebec y Tres Ríos; otras dos entre los hurones y los nipissings. Una misión más había sido abierta en Acadia en 1619 pero cerró en 1624 debido a la escasez de recursos materiales y humanos<sup>10</sup> a que se vieron obligados con la muerte de Charles Des Bovers quien era el proveedor principal del soporte económico del que dependían.

La razón por la que los recoletos solicitaron ayuda de los jesuitas, justo un año después de su llegada, se debió a que la propia orden era incapaz de apoyarlos económicamente. Además, la dificultad que opuso el aprendizaje del idioma nativo y su consecuente imposibilidad para explicar los conceptos teológicos cristianos orilló a éstos a decidir que tan ingente labor debía ser compartida. Por último, los recoletos insistieron en la prohibición del uso de armas entre los nativos lo que los alejaba de ellos por imponer una regla que estaba absolutamente lejos no sólo de sus circunstancias sino de su naturaleza misma. La aventura de los recoletos terminó en 1629 cuando los ingleses atacaron la incipiente colonia y no fue retomada sino hasta ya entrada la segunda mitad del siglo XVII.

Ahora bien, los primeros intentos de establecimiento de misiones jesuitas (1611-13 y 1625-29) fueron desbaratados por los ingleses y los escoceses, respectivamente y no fue sino hasta 1632 cuando la evangelización jesuita adquirió un carácter permanente. El 5 de julio, Émery de Caen, dueño del monopolio francés del comercio de pieles, llegó a Quebec con la comisión de reclamar el bastión al general inglés Kirk. En todo caso, es ésta la fecha en que inicia la catequización de la zona comprometida en este estudio: la Huronia la cual examinaremos a detalle en el siguiente capítulo. Por ahora nos basta entender cuáles fueron las condiciones en las que estos religiosos llevaron a cabo su labor, es decir, cuál fue la naturaleza de la evangelización; cuál fue su relación con los franceses laicos; cuáles las implicaciones en el aspecto terrenal con las que tuvieron que pactar para lograr sus objetivos misionales y cuál fue la rivalidad que sufrieron con los ingleses puritanos.

Hemos ya hablado de la adaptación que el jesuita practicaba dentro del ambiente en el que desarrollaba su labor. Esta fue la clave de su éxito. Para el norte de la Nueva España y Paraguay el patrón de conducta jesuita fue el mismo. El caso de Canadá no fue la excepción. Estos religiosos ajustaban sus métodos evangélicos al sujeto receptor de la acción misionera, a la realidad material y espiritual que prevalecía entre aquellos a quienes se quería convertir.

Los jesuitas franceses del Canadá no actuaron de modo diferente cuando las circunstancias lo exigieron, a como lo hicieron sus hermanos en el Noroeste de México o en las famosas misiones del Paraguay. Por eso los padres franceses no tenían, no podían tener competidores serios en su apostolado, que fue acompañado frecuentemente de los más horripilantes martirios. El heroísmo y los sacrificios de los jesuitas franceses constituyen una página extraordinaria en la historia de las misiones católicas sólo comparables a otras no menos espeluznantes escritas con su sangre por los jesuitas hispanos en el Japón medieval del siglo XVII.<sup>11</sup>

De este modo, resulta claro que el método jesuita fue el mismo en cualquier parte del mundo al que llevaron el conocimiento de la Palabra. Empero, las condiciones materiales de cada uno de estos lugares los orillaron a aplicar dicho método de distinta manera. En resumen, entender, respetar y convivir con los aborígenes era el común denominador que hacía de los miembros de la Compañía de Jesús los sujetos idóneos para emprender la expansión del cristianismo católico porque les proporcionaba la ventaja sobre los demás del conocimiento profundo de la vida y costumbres de aquellos a quienes iba dirigida su tarea misional. Además, los padres se permitían adoptar el estilo de vida que los indios habían conservado por generaciones cuando ello no iba en contra del dogma con el fin de ganarse la confianza y, con ello, la tranquilidad de que su objetivo no estaba encaminado a fines materiales.

Sabían bien que no era una empresa fácil, por el contrario, imponer el reino de Dios no sólo era un asunto peligroso (que definitivamente no temían: el martirio no sería sino signo inequívoco del favor de Dios y no retrocederían ante este temor, por el contrario, recrear la pasión de Cristo significaba una muerte apoteótica) sino desesperantemente lento. Desde un principio -1611-, el padre Biard dio cuenta de las complicaciones que la evangelización suponía en una tierra, según sus propias palabras, salvaje, nómada y llena de malos hábitos, con gente poca y aislada; sin embargo, esto no lo alteró: "... [pese a] estas cosas, sumadas a la dificultad de adquirir la lengua, el tiempo que tiene que ser consumido, los gastos en los que se tiene que incurrir, la gran aflicción, fatiga y pobreza que se tienen que aguantar, completamente proclamo la grandeza de esta empresa y las dificultades para acometer".<sup>12</sup>

Aprender el idioma, adaptarse y respetar las costumbres que no atentaran contra los principios cristianos, ganarse la confianza, identificar los grupos étnicos que serían más fácilmente convertidos, protegerlos de cualquier blanco, paisano o no, que se interpusiera en su labor, vivir entre ellos para ser aceptados fueron los primeros pasos que siguieron para la obtención de sus propósitos. Para ilustrar el caso basta con repasar las instrucciones que ellos recibían de sus provinciales antes de entrar en contacto con los pielesrojas:

Amarás a los indios como a hermanos puesto que entre ellos pasarás el resto de tu vida. Nunca los hagas esperar cuando te embarques en sus canoas. Lleva contigo un pedernal y un eslabón para encender sus pipas y las hogueras durante la noche y gana sus corazones mediante estos pequeños servicios. Procura comer su *sagamité* tal como ellos lo cocinan, mala y sucitamente. Arremanga tu sotana para que no introduzcas agua ni arena dentro de la canoa. No uses medias ni zapatos cuando te embarques; pero puedes ponételes cuando cruces los portazgos. Soporta sus faltas en silencio y muéstrate ante ellos alegre. Compráles pescado de las tribus por donde pases y para este propósito lleva contigo algunas agujas, cuentas, cuchillos y anzuelos. Recuerda que es Cristo y su cruz lo que andas buscando y si

pones la mira en cualquier otra cosa no hallarás nada salvo  
aflicción de cuerpo y espíritu.<sup>13</sup>

Con esta ordenanza podemos apreciar claramente en donde radica el secreto que hizo de los jesuitas la mejor arma de la Contrarreforma y los verdaderos promotores del humanismo cristiano. Reconocieron fácilmente a los hurones como el grupo étnico que mayor disposición tenía para recibir la nueva doctrina y a ellos encaminaron, en un primer momento - el padre Brebeuf en particular -, sus esfuerzos sin olvidar que su tarea abarcaba todo el territorio. Desafortunadamente para ellos, esta alianza contrastaba enormemente con la hecha por los ingleses con la Confederación Iroquesa que, a la postre, fue fatal por ser sus enemigos naturales. Hay claros síntomas de que la enemistad que mantenían iroqueses con hurones mucho antes de que llegaran los europeos a esta región, respondían más a un sentido ritual que a otra cosa, es decir, la guerra, o mejor dicho, la ceremonia guerrera que entablaban no perseguía fines de exterminio; tal parece que se efectuaba con la sola idea de probar la valentía y el arrojo de sus propios miembros dado que ésta era la única práctica posible que podía revelar quiénes eran los más aptos para formar el concilio de guerra hacia el interior de su propia estructura social. No es casual que la llegada de las armas y el alcohol ingleses hayan cambiado, como en muchos otros ámbitos de la vida, la forma de concebir y llevar a cabo sus rituales. De hecho, el exterminio que tuvo lugar en 1649 se hizo a través del fuego y no de las flechas.

Los jesuitas se enfrentaron a un problema grave con los franceses laicos tanto más cuanto que servían al mismo rey. Sus relaciones se agravaron por la cantidad de discrepancias que existían de acuerdo a sus propios proyectos. Antes de 1627 -año en que Richelieu creó la Compañía de los Cien Asociados- las primeras compañías francesas demostraron profunda hostilidad a los padres, en primer lugar, porque la mayoría de sus miembros eran hugonotes que no estaban dispuestos a permitir el financiamiento de una empresa católica. A pesar de que la voluntad de la reina, a la muerte de Enrique IV, siguió promoviendo la embarcación de los miembros de la Compañía de Jesús, los comerciantes

se aferraron a lo contrario, lo que provocó en ella las siguientes palabras extraídas de un proverbio: *Never stoop to entreat a churl*.<sup>14</sup> Los mercaderes, incluso le hicieron saber a la reina que no tendrían problema en que fuera otra congregación cualquiera menos la jesuita. Afortunadamente para ésta, la marquesa de Guercheville solicitó personalmente limosna entre los nobles, príncipes y la corte y logró reunir 4,000 libras con lo que pudo embarcarlos. Ya en el escenario colonial, el problema no se resolvió. Víctimas de embargos fueron reducidos y mantenidos en Port Royal sin posibilidades de exploración hasta que, nuevamente la intervención de la marquesa y la reina pudo liberarlos cuando aquella envió un barco lleno de provisiones y ésta una orden en la que se les autorizaba a manejarse como creyeran fuera conveniente. Empero, para 1616 el padre Biard denunciaba: "Ahora, después de considerar el asunto en su totalidad, cabalmente, el resultado de todas estas opiniones, sentimientos, experimentos, argumentos y conjeturas que, difícilmente podría ser de otro modo, a saber, que no hay posibilidad siquiera de convertir o realmente ayudar a estas naciones hacia la salvación, si no hay establecida una colonia cristiana y católica, con suficientes medios para mantenerla así en las provisiones y necesidades temporales. Este es el resultado y conclusión de nuestras investigaciones".<sup>15</sup>

El objetivo primordial de las compañías privadas, como ya hemos visto, era en realidad el beneficio económico y no la instrucción religiosa aunque hubiese estado estipulada en sus reglamentos. El conflicto que desataron se agudizó de tal manera que la Corona francesa se vio obligada a suprimir la colonización por parte de las compañías particulares. Se fundó, en cambio, la Compañía de los Cien Asociados, que en sus estatutos, se comprometió a respetar las actividades de los misioneros, a colaborar con ellos y a trasladar al Canadá 4 000 personas católicas, en el plazo de 15 años.<sup>16</sup> Los jesuitas no estuvieron muy de acuerdo con tal emigración desde Francia porque pensaban que junto con estos colonos llegarían los malos ejemplos que contaminarían al aborígen y con ello, dificultarían y retardarían la labor misionera. Esta idea no era exclusiva de los jesuitas también fue compartida por franciscanos y puritanos.



Otro problema entre la esfera religiosa y secular giró en torno del comercio peletero. Los nativos habían descubierto la sed de pieles que los europeos padecían y aprovecharon esta oportunidad para sacar la mejor ventaja posible de sus compradores ya fueran ingleses o franceses. La rivalidad en el negocio de pieles, con sus consabidas ganancias, fue una de las razones fundamentales que dispuso a los europeos a formar alianzas y propició el ánimo cruelmente bélico entre los indios. Por un lado, los algonquinos y hurones, aliados de los franceses, controlaban las rutas comerciales de los ríos Nipissing y Ottawa hacia Montreal y se esforzaban por mantener abierta la ruta del San Lorenzo. Por el otro, los iroqueses, ligados a los ingleses, controlaban la puerta de entrada al San Lorenzo para desviar el comercio hacia Albany y Nueva Amsterdam. Finalmente, el uso del arma de fuego inclinó la balanza en favor de éstos últimos. Otro conflicto se generó cuando los ingleses empezaron a intercambiar dichas pieles por alcohol lo que los jesuitas vieron como una auténtica barbaridad. Esto propició que los franceses laicos tuvieran que proceder de la misma forma que los ingleses por no perder ni el abasto de pieles ni almas para evangelizar en los casos en que esto último estaba contemplado. La lucha que entablaron contra este vicio que arraigó rápida y explicablemente entre los nativos fue feroz y eventualmente hubiese sido ganada, al menos entre los hurones, de no haber sido por la destrucción de su pueblo por parte de los iroqueses.

Sin embargo, podemos decir que los franceses, tanto laicos católicos como religiosos, mantuvieron buenas relaciones en general y, cada uno dentro de su propia circunstancia, entendió de forma similar el papel fundamental que el natural jugaba para el éxito de su colonia. Los galos civiles respetaron su modo de vida; nunca pretendieron que las propiedades de los pueblos pasaran a ellos por ser una civilización superior; ni dejaron de tratar a los jefes de las tribus con la misma deferencia y protocolo que empleaban con cualquier otro jefe de cualquier nación. Más aun, la mezcla de estas razas empezó a ser común y no escandalizaba a ningún francés. Por el contrario, era fomentada para crear lazos difícilmente destructibles; el caso más conocido fue el de los *coureurs de bois*. A los

descendientes de matrimonios o concubinatos de franceses e indios se les llegó a conocer con el nombre de *métis* y, un siglo después, formaron un porcentaje importante de población en las praderas y bosques al occidente del Canadá.

Sin embargo, todos estos obstáculos no fueron comparables con el problema más apremiante que la Compañía de Jesús tuvo que afrontar en el septentrión americano: los ingleses.

La lucha que se entabló entre misioneros católicos y protestantes fue el detonante que desde 1629 dio paso a cinco guerras intercontinentales durante las cuales los franceses e ingleses echaron mano de los indios en calidad de aliados. Como ya vimos, la Confederación Iroquesa (senecas, cayugas, onondagas, oneidas y mohawks) fue aliada de los ingleses y la Confederación Huronesa<sup>17</sup>, la más rica y evolucionada, había formado alianza con los franceses.

El asunto se complicaba más en la medida en que los factores involucrados eran de esferas absolutamente distintas y en ocasiones contrarias.

Sostener esta competencia colonial requería de respaldo material igual o mejor que el del enemigo. Mientras el factor humano era de 20 ingleses por un francés, la riqueza en armas y milicia era igualmente abrumadora contra los galos. Además, los puritanos disponían de incomparable cantidad de estímulos que atraían a los indios en su favor, como armas y alcohol. Estos calvinistas americanizados declaraban que su objetivo primordial consistía en "levantar un baluarte contra el reinado del Anticristo que los jesuitas, mediante ímprobos esfuerzos construían alrededor del mundo".<sup>18</sup> Para evitar la "maligna influencia" de los *black robes*, un puritano llamado Cotton Mather escribió un catecismo en iroqués en un intento por restar fuerza a dicha influencia. La penetración jesuita, desde el punto de vista puritano, debía ser detenida porque era tanto más peligrosa cuanto que su secreto radicaba fundamentalmente en el concepto diametralmente opuesto que unos y otros tenían del indio y, como resultado, de la convivencia diaria y el respeto mutuo. Según Ortega y Medina, la inhabilidad de los pieles rojas para sentirse dentro del

restringido número de elegidos (puritanos, evidentemente) los arrojó, puede decirse, en brazos de los jesuitas.

Esta lucha fue sostenida admirablemente por 131 años, desde el año en que por primera vez desembarcaron estos religiosos católicos en Norteamérica hasta la firma del Tratado de París. Nunca dudaron en llevar sus planes adelante con los riesgos que esto implicaba porque estaban seguros de que la gracia de Dios estaba de su parte. Existía, también a su favor, ese espíritu tan proclive al sacrificio que caracterizó al mundo jesuítico.

Empero, la doctrina teológica no era el único problema que los hacía odiosos a los ojos de los calvinistas. El aspecto comercial estaba de por medio, el hecho de que los jesuitas y los franceses laicos mismos ganaran almas para su rebaño significaba a la vez el aumento de proveedores de pieles de castor. Al mismo tiempo, facilitaban el entrenamiento mercantil para que los indios no se dejaran engañar tan fácilmente por los comerciantes ingleses y pudieran reclamar mayor beneficio que simples baratijas o botellas de alcohol.

El esfuerzo que estos religiosos hicieron sobre todo entre los hurones hubiese dado grandes frutos de no haber sido porque los iroqueses arrasaron, en 1649 y con armas inglesas, a este grupo que tantos avances había logrado en términos cristianos y de civilidad. De las 22 aldeas huronas más de 15 fueron totalmente destruidas; de 18 mil hurones ya en su mayoría cristianizados y mal armados, murieron más de 10 mil; los padres Brèbeuf, Lallament, Massé, Garnier, Daniel, Jogues, Le Maitre y Chabanel fueron víctimas de indescriptibles martirios. Sin embargo, no se detuvieron ante tal tragedia y encaminaron sus esfuerzos hacia aquellos que habían destruido su trabajo. Los jesuitas, encabezados por el padre Ragueneau, permanecieron entre los iroqueses -no sin antes contribuir con su cuota obligada de sangre- hasta 1708 a pesar de que en 1687 el gobierno francés abandonó oficialmente el campo de la misión iroquesa. Los resultados de la Huronia nunca pudieron ser comparables con los de la nación Iroquesa dado que estos nativos oponían verdadera resistencia a la evangelización instigados por los ingleses. Antes

del aniquilamiento de los hurones que estaban más dispuestos a recibir el mensaje cristiano y eran más aptos en los modos de vida civilizada, los jesuitas habían construido cinco iglesias en su territorio y había bautizado a gran cantidad de niños a quienes, como en Nueva España, habían identificado como el primer eslabón a catequizar dentro de la complicada cadena que representaba la total conversión, aunque este método fue posteriormente desechado para enfocarse directamente a los adultos como más adelante examinaremos.

Hasta aquí hemos hablado de los factores externos que los jesuitas enfrentaron en su labor. En el siguiente capítulo, analizaremos la evangelización propiamente dicha y las dificultades o factores internos que tuvieron que afrontar.

Por último, cabe mencionar que los miembros de la Compañía de Jesús, así en Canadá, como en cualquier otro lugar donde tuvo lugar la evangelización o, al menos, los intentos de la misma, no dudaron nunca de la naturaleza óptima de la que estaban hechos todos los hombres en la tierra y ello les valió no sólo el verdadero entendimiento de las diversas culturas con las que entablaron relación sino la fe inquebrantable de que el puro conocimiento de la palabra de Dios sacaría a la luz tal naturaleza. Es por ello que fueron los individuos más capaces de empresas de esta magnitud y se convirtieron en una de las páginas más notables que haya sido escrita por la voluntad del hombre.

A pesar de los esfuerzos de una congregación para la difusión de la fe -la Propaganda-creada en 1622, para finales de ese siglo el entusiasmo por la empresa misionera empezó a decrecer. Para el siglo XVIII, "un humanismo nacionalista, a menudo contrario al cristianismo, minaría el entusiasmo religioso de la gente culta en toda la Europa occidental, y la decadencia del esfuerzo católico se acentuó con la expulsión de la orden jesuita de los territorios de Francia, Portugal y España".<sup>19</sup>

1. Constituciones de la Compañía de Jesús, España, Ediciones Mensajero y Ed. Sal Terrae, 1993, p. 30
2. Aranguren, Catolicismo y Protestantismo como formas de existencia, 3a. ed., Madrid, Revista de Occidente, 1963, p. 152
3. Constituciones, p. 227
4. Gonzalbo, La educación popular de los Jesuitas, México, Universidad Iberoamericana, 1989, p. 5
5. Aranguren, *op. cit.*, p. 152
6. Constituciones, p. 264
7. Ibidem, p. 32
8. Ibidem, p. 250
9. Potter George Richard, Historia del Mundo Moderno, tr. María Casamar, Barcelona, Ramón Sopena, 1980, vol. III, pag. 40
10. Antes de 1629 nunca llegó a haber más de cuatro padres recoletos a la vez en Nueva Francia.
11. Ortega y Medina, La evangelización puritana en Norteamérica, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 227
12. Biard, Jesuit Relations and Allied Documents, travels and explorations of the jesuit missionaries in New France, 1610-1791, ed. Reuben Gold Thwaities, Nueva York, Pageant Book Compañy, 1959; vol. I, p. 177
13. Ibidem. p. 216
14. "Nunca encorvarse para suplicar a un patán"
15. Biard, Jesuit Relations, vol. III, p. 137
16. Mora, Iglesia y religión en los Estados Unidos y Canadá, Madrid, Iglesia Católica en el Nuevo Mundo, (Col. MAPRE, 1942), 1992, p. 55
17. De lengua iroquesa, así como algunos otros grupos algonquinos también formaron parte de esta alianza.
18. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 213
19. Parry, Europa en la expansión del mundo, 1415-1715, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, (Col. Breviarios, 60), 1994, p. 261

## CAPÍTULO IV

### La Evangelización

*Even if this is not to be accomplished until shortly before the end of the world, yet it is  
always necessary to begin before ending*  
Hierosme Lalement

Toca el turno de hablar de la Huronia como objetivo de evangelización. Hemos dicho que los primeros jesuitas - Pierre Biard y Enemond Massé- llegaron a Nueva Francia en 1611, que fueron enviados de regreso a Francia por los holandeses en 1613 y que de 1625 -junto con Brebeuf- a 1629 permanecieron en la zona hasta ser expulsados por los ingleses. En estas primeras etapas los padres Biard y Massé dedicaron sus esfuerzos a aprender el idioma -primer vehículo de acercamiento- y a hacer exploraciones junto con los franceses laicos lo que les permitió "dar ayuda espiritual al Señor de Biancourt y su gente y otra, observar y estudiar la disposición de estas naciones para recibir el santo Evangelio".<sup>1</sup> Brebeuf, por su parte, fue mandado a la Huronia dado que había recibido instrucción lingüística del hurón por parte de los recoletos. Vivió entre ellos tres años antes de ser capturado por los ingleses.

Fue durante estas rutas de reconocimiento cuando los hurones pactaron alianza con los franceses y se identificaron como el grupo sedentario más grande (16,000 almas) e influyente entre los nativos de esta región. El hecho de que este conglomerado fuese sedentario los hacía poderosos y simplificaba la tarea evangelizadora. Los religiosos habían conocido, en un primer momento, algunas tribus algonquinas - nómadas-, y experimentaron la dificultad de mantenerlos en permanente instrucción. La simple comparación entre éstos y aquellos alimentó la esperanza de poner en práctica los métodos jesuitas conocidos: vivir entre los nativos, aprender su lengua y estudiar sus

costumbres más fácilmente para su conversión, a la vez que su influencia entre otras tribus podría ser beneficiosa para tal empresa.

También hemos hecho mención de que es en 1632 cuando empieza la evangelización ininterrumpidamente. En 1633 y situados en Quebec, hurones y franceses decidieron que la alianza establecida entre ellos sería grandemente fortalecida si los padres fueran a su región. Esta observación fue bien acogida entre los hurones, sin embargo, nativos de otras tribus amenazaron con matar a cualquier francés y a sus aliados en su ruta por el San Lorenzo. La verdadera causa de ello, cuenta el padre Le Jeune, era que estas tribus, en su mayoría algonquinas, veían amenazados sus intereses comerciales puesto que ellos habían cumplido hasta el momento la importante función de intermediarios, de tal manera que, si los lazos entre franceses y hurones se estrechaban, desaparecerían sus beneficios.

Champlain prefirió mantener la paz entre los nativos y decidió postergar el viajes de los padres. Brebeuf, ya para entonces viejo conocido de los hurones, les dijo: "Ustedes son nuestros hermanos, deseamos ir a su nación y vivir y morir con ustedes; pero, como el río está cerrado, debemos esperar hasta el siguiente año, cuando todo se haya pacificado. Son ustedes los que soportarán la gran pérdida; porque ahora, como yo empiezo a ser capaz de hablar con ustedes sin intérprete, deseo enseñarles el camino al cielo y revelarles las grandes riquezas de la otra vida; pero este infortunio los priva a ustedes de todas estas bendiciones".<sup>2</sup> Lo dicho se cumplió en julio de 1634 cuando los padres Brebeuf, Daniel y Davost se embarcaron hacia Ihonatiria, el pueblo más grande y poblado de la Huronia. Tres circunstancias ventajosas acompañaban a estos padres: Brebeuf dominaba básicamente el idioma, la experiencia misional de Biard y Massé los acompañaba, y la idea de que extranjeros vivieran entre hurones era ya conocida por éstos. Sin embargo, en el trayecto, Davost y Daniel, por separado, fueron robados y abandonados; aquél llegó en condiciones deplorables tiempo después y, al parecer, tardó mucho en reponerse; éste llegó a Ihonatiria dos meses después gracias a los nipissings. Esto sólo era el principio, peores dificultades surgirían por muchos otros lados.

## Evangelización

Aquí haremos un análisis de los problemas que tuvieron que encarar en el seno propio de la evangelización, no sin antes señalar que el periodo que va de 1634 a 1650 -año de la destrucción total de la Huronia, como ya hemos apuntado-, se puede dividir en dos etapas. La primera la denominaremos el periodo "de enfermedad" que abarca desde el inicio del mismo hasta 1642 aproximadamente mientras que la etapa denominada como "de guerra", va de 1642 al fin de la Huronia. Esta clasificación se hace con base en la situación que subyace al margen de la propia labor misional y que además regula y, en su caso, determina los resultados. Más adelante veremos cómo en la primer etapa la epidemia de viruela, que diezma terriblemente la población, reduce la labor religiosa a visitar enfermos, bautizarlos si es que están a punto de morir y observar los usos y costumbres. Esta etapa no sólo imposibilitó a los padres para ganar almas que no fueran moribundas sino que mermó la poca confianza que había hacia ellos e incluso los puso en riesgo de ser masacrados. Paradójicamente, la segunda etapa resultó completamente contaria. La epidemia había cesado y la permanente amenaza de destrucción de su nación los arrojó en brazos de estos religiosos dado que habían demostrado un espíritu bondadoso y humilde a toda prueba.

Una vez llegados a Huronia los jesuitas se alojaron en un pueblo llamado Toanché donde fueron invitados a hospedarse provisionalmente con Teandeouihata, un hurón "rico" con el que vivieron un mes y medio. En este primer encuentro los hurones expresaron el ánimo favorable que sentían a la llegada de Echon, nombre que dieron a Brebeuf por no poder pronunciarlo debidamente por falta de consonantes. Algunos decían: "Nosotros estamos verdaderamente muy contentos, las cosechas no volverán a fallar, durante se ausencia no tuvimos nada más que hambruna".<sup>3</sup> Otros veían seguro el comercio: "Si ustedes no hubieran vuelto, el comercio con los franceses se hubiera perdido



para nosotros; los algonquinos y aún los hurones de otras villas nos amenazaron con la muerte si íbamos allá pero ahora podemos comerciar sin miedo".<sup>4</sup> De cualquier manera, Toanché había sido arrasada por el fuego y estaba prácticamente abandonada, de tal suerte que los padres decidieron establecerse en Ihonatiria a la que nombraron St. Joseph por ser este santo el escogido como patrono de esa villa. Las razones que Brebeuf junto con Daniel y Davost tuvieron para establecerse ahí y no en otra parte fueron:

Primero, después de haber intensamente recomendado el asunto a Dios, nosotros juzgamos que tal era su voluntad, porque la cosecha de almas está más dispuesta aquí que en ningún otro lado - así por el conocimiento que yo tengo de los habitantes de este lugar y por el afecto que mostraron hacia mí anteriormente como porque están ya en parte instruidos en la Fe. En verdad, nosotros hemos bautizado ocho de ellos de los cuales siete han ido al Cielo con la gracia del bautismo y la aldea entera está en tal disposición que es sólo cuestión de nuestra prontitud para bautizarlos. Pero nosotros estamos esperando a que estén mejor instruidos y que ellos abandonen de verdad sus supersticiones principales.<sup>5</sup>

En Ihonatiria diseñaron su cabaña de la siguiente manera: la dividieron en tres partes, la primera más cerca de la puerta sirvió como antecámara, como contrapuerta y almacén de provisiones. La segunda parte era el lugar donde vivían, su cocina, su taller de carpintería, su molino de trigo, su refectorio, su sala y su cama. A los lados de esta sección colocaron bancos que los indios llamaban *endicha* donde estaban las cajas de su ropa y otras cosillas, pero abajo, donde los hurones guardaban su madera, los jesuitas pusieron literas para dormir y para guardar cosas importantes que los hurones pudieran robar. La tercera parte estaba a su vez dividida en dos partes: una pequeña capilla donde podían recogerse con la menor distracción posible para practicar sus ejercicios espirituales y, un espacio para guardar todos sus utensilios.

Las labores domésticas requerían, en principio, mucho tiempo, no obstante, esto no impidió que se abocaran a la necesidad más urgente que tenían como misioneros, es decir, a aprender el idioma. Esta tarea, para efectos de evangelizar, parecía virtualmente imposible, Biard ya había hecho de su conocimiento que "es indudable que esta gente miserable, continuamente debilitada por trabajosidad permanecerá siempre en perpetua infancia de lenguaje y la razón. Digo lenguaje y razón porque es evidente que donde las palabras, los mensajes y dispensadores de pensamiento y palabra, permanecen totalmente primarios, pobres y confusos, es imposible que la mente y razón sea grandemente refinado, rico y disciplinado".<sup>6</sup> Brebeuf había aprendido el lenguaje tangible, es decir, las palabras de aquellos objetos que se pudieran señalar, ahora le correspondía aprender la estructura y métodos de expresión. Había descubierto que las palabras compuestas eran la mayoría en el lenguaje hurón y que tenían la misma fuerza que los sustantivos y adjetivos juntos en el idioma francés, por ejemplo, *andatarasé* significaba pan fresco, o *achitetsi*, pie grande y, según él, esta era la clave del idioma. También notó que las declinaciones siempre conllevaban un pronombre posesivo, v.g. *iotacan*, mi hermano; *aiatacan*, mis hermanos; *otacan*, su hermano; *atotacan*, sus hermanos. La característica que más sorprendía a Echon era el hecho de que todas sus palabras estaban universalmente conjugadas, es decir, *assé* significaba está fresco; *assé chen* estaba fresco; *oniatacan*, somos hermanos; *oniatacan ehen*, éramos hermanos. Brebeuf señaló que por esta razón le era imposible, así como al propio idioma hurón, hablar sin pronombre posesivo para decir, por ejemplo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, simplemente. Por lo tanto, tuvo que acostumbrarse a pronunciar: En el nombre de nuestro Padre y su Hijo y de su Espíritu Santo, es decir, del espíritu santo de ambos. También existían las conjugaciones en femenino con una característica que las distinguía del masculino: el uso o no de la H<sup>7</sup> v.g. *ihaton*, él dice; *iwaton*, ella dice, *ihonton*, ellos dicen; *ionton*, ellas dicen. Durante el verano que era la estación más difícil en términos de evangelización dado que las aldeas permanecían prácticamente vacías porque era la época en la que los nativos se hacían de los medios

para subsistir tanto en ese tiempo y como en el invierno, los misioneros se ocupaban en asuntos del idioma, esto es, en confeccionar un diccionario y abocarse al estudio de la gramática para poder encontrar equivalentes para ambos idiomas.

La dificultad no era menos cuando se buscaban las palabras vernáculas que mejor comunicaran los conceptos cristianos. A pesar de la naturaleza estudiosa de los padres, fue muy complicado darle a estos conceptos una uniformidad sin sacarlos de contexto, es decir, había que darle a la significación de un término cristiano la congruencia con la estructura cultural del propio idioma nativo, sin embargo, esto resulta más complicado si se considera que la lengua iroquesa estaba limitada a asuntos prácticos y no tenía nociones tan abstractas como las lenguas occidentales. Comunicar conceptos como el purgatorio, la salvación, la comunión, misterio, sacramento, tentación, fe, prudencia, moderación e incluso la idea del cielo al modo cristiano resultaba una tarea francamente angustiosa, Biard se preguntaba ¿De dónde obtendrás todas estas cosas que a ellos les faltan? y agregaba "como ellos no saben nuestra lengua ni nosotros la suya, excepto por aquello que pertenece a la vida diaria y al comercio, nosotros estamos comprometidos a hacer miles de gesticulaciones y signos para expresarles nuestras ideas y así sacar de ellos los nombres de algunas cosas que no pueden ser señaladas a ellos. Por ejemplo, pensar, olvidar, recordar, dudar; para saber estas cuatro palabras, estarás obligado a entretener a nuestro caballero toda la tarde cuando menos haciéndole al payaso; y entonces, después de todo, encontrarás a tí mismo engañado y burlado de nuevo, habiendo recibido, como dice el refrán *the mortar for the level, and the hammer for the trowel*"<sup>8</sup>. Los curanderos, quienes veían en los jesuitas la peor amenaza a su autoridad, les susurraban algún vocablo procaz al oído que repetían en sus discursos para mofa del resto.

Para poder enseñar tales términos y con ello iniciar la mutua comprensión de sus correspondientes cosmogonías había que empezar, como ya se ha mencionado, con los niños a quienes después de dar la misa matinal comenzaban a instruir en la fe católica.

Ellos, una vez convertidos, serían quienes les ayudarían a hacer lo propio con sus padres como en el caso de Nueva España. En la medida en que ambas culturas iban adaptando a convivir y el idioma empezaba a dejar de ser un problema, los domingos reunían a las mujeres y a los niños; dos veces al día en su propia cabaña que también utilizaban como capilla. Por la mañana, bendecían el agua y rezaban el Padre Nuestro, el Ave·María y algunas otras oraciones ya aprendidas. Por la tarde, los invitaban a reflexionar sobre algún tema del catecismo para saber qué habían aprendido durante la semana y daban a cada quien un regalo como recompensa proporcional a su mérito, medio con el cual lograban buenos resultados porque motivaban a los niños a aprender para obtener regalos mientras lograban el objetivo principal que era enseñarse entre ellos. Además de enseñar a los chiquillos, aprovechaban la ocasión para explicar a los padres algunos conceptos cristianos cuando la oportunidad se presentaba y cuando los parientes estaban dispuestos a escuchar.

Entre semana, los religiosos se despertaban a las 4 de la mañana para orar hasta las 8, hora en que se abrían las puertas para los nativos y se prolongaba hasta las 16 hrs. En este tiempo, algún padre se quedaba en la cabaña para vigilarla y para dar clases a los niños entre las 12 y las 14 hrs, se leía algún capítulo de la Biblia y después se comía. Había días específicos de la semana en que la instrucción era dirigida únicamente a los jefes de la villa. La instrucción para catecúmenos también se daba aparte. Otros padres hacían grandes caminatas para visitar familias nativas con miembros enfermos o moribundos para suministrarles el bautismo ayudándolos así a bien morir. Gran parte de las estadísticas que se conservan sobre el orgullo de algunos jesuitas en cuanto a sus logros sobre la cantidad de bautizados tenía que ver justamente con los moribundos y los niños pues sus padres no veían nada malo en que recibieran protección sobre la vida después de la muerte por partida doble, es decir, las procedentes del brujo indio y del jesuita. Con respecto al periodo 1633-1640 se habla de un paulatino aumento de conversos; en 1640 ya había alrededor de 1 000 bautizados.<sup>9</sup> La rutina diaria dependía, en gran medida, de la situación que imperaba en la villa, desde la estación del año, como apuntamos antes, hasta la

cantidad de padres de que se disponía para dar instrucción y/o ir de visita. Si el número de padres era insuficiente, como en efecto sucedió, se daba prioridad a las visitas y al bautizo de agonizantes.

Con respecto a su trabajo con los adultos la cosa se complicaba en la medida en que a éstos había que convencerlos con argumentos mucho más creíbles y atractivos. El caso más elocuente es el de la idea del más allá; para los indios, como se señaló en el capítulo anterior, la noción de la vida eterna no difería fundamentalmente de la vida actual, es decir, en el más allá los indios podían gozar de los mismos placeres y del mismo lugar que aquí. El hecho de que los jesuitas les ofrecieran una vida eterna donde no podían comer, fornicar o hacer banquetes no parecía un aliciente. Además, ¿Por qué hacerle caso a un hombre que intentaba romper las ideas y costumbres que habían tenido desde el principio de los tiempos si sólo había logrado sembrar a su paso enfermedad y muerte (entiéndase la viruela)? ¿Cómo creerle a ese hombre que aparte de ser un advenedizo no lograba explicar lógicamente la doctrina que intentaba imponer? ¿Para qué intentaba dar a conocer a su Dios si ya otros le explicaban todo? ¿Para qué ir al Cielo si los parientes no estaban allá? Los indios eran inteligentes de tal manera que hacían preguntas inteligentes y en más de una ocasión pusieron en predicamento a los religiosos. A esto volveremos más adelante.

Hemos apuntado que el bautizo, en principio, se suministraba a los moribundos exclusivamente para abrirles las puertas del Cielo. Los había que ya estaban en estado de coma y se les bautizaba sin más preámbulo que una oración y el agua bendita. Había otros que todavía estaban conscientes, a éstos se les instruía en la fe y aún eran sometidos a una serie de preguntas que permitieran a los religiosos estar seguros de que el arrepentimiento por sus pecados era verdadero y que, indudablemente, era su voluntad morir cristianos. Hay momentos en los relatos de esta ídole en que pareciera que los padres tomaban demasiado tiempo para bautizarlos dado que la muerte estaba ya encima y sólo esperaba el bautizo. Existía una razón fundamental para esto: en caso de curación, había que evitar la apostacía. El incidente que sentó el precedente para tomar esta actitud fue el de

Membertou, el gran Sagamore, jefe indio micmac que, junto con 20 parientes, fue bautizado por Messire Jessé Fleche, el primer padre secular llegado a Nueva Francia. Queda claro que para Membertou esta ceremonia antes de convertirlo en cristiano, en realidad lo que estaba significando era la amistad pactada entre su tribu y los franceses. Biard reconoció pronto este error: "El problema es, que él [Fleche] no fue capaz de instruirlos como hubiera querido porque no sabía la lengua y no tenía nada con la cual apoyarlos; quien ha de ministrar sus almas debe, a estas alturas, haber resuelto alimentar sus cuerpos".<sup>10</sup> Debían ser bautizados únicamente aquellos que estuvieran no sólo entrenados en los preceptos de la fe sino quienes hubiesen dado pruebas contundentes de su inclinación cristiana. De otro modo, "no sería sólo una profanación de la Cristiandad sino, además, una injusticia para los Salvajes. Porque puesto que es una injusticia inducir a alguien a firmar una promesa o un juramento obligatorio sin darle a entender las condiciones con las cuales se liga: cuanto más peor, forzar a un ser humano racional de edad competente a hacer una solemne profesión de la ley de Dios (lo que hace el bautizo), cuando nunca antes ha sido novicio, o nunca ha entendido las reglas y obligaciones de su profesión".<sup>11</sup> Esta práctica se llevó a cabo más estrictamente con los sanos que solicitaban el bautismo. Los jesuitas sabían que esto requería mucho tiempo pero no tenían prisa "... y con gran paciencia y no esperar que en un año o dos, hagamos cristianos de la gente que no ha sentido la necesidad ni de un Padre ni de un Obispo. Estoy seguro de que Dios nunca ha hecho tales cristianos y que nunca los hará".<sup>12</sup>

Esta posición trajo consigo una complicación: para que los nativos se asumieran como verdaderos cristianos tendrían que haber despejado de sí toda duda con respecto a las enfermedades que los padres habían propagado, sin saberlo, y que tantos estragos causaron a la población. Convicción nada fácil de adquirir. Recién llegados los padres a Huronia enfermaron, esto motivó que algunos indios - la minoría- siguieran confiando en ellos. Para el resto, la verdadera causa de la enfermedad eran los extranjeros que habían venido a destruir su nación. Rumores de este tipo surgieron todo el tiempo poniendo en

riesgo la vida de los padres. Los indios no estaban tan errados, la causa de la epidemia mortal eran los franceses, pero el no estar seguros de ello, probablemente le salvó la vida a más de un religioso. En ocasiones fueron abandonados en los bosques o amarrados a un árbol, incluso muchos vieron un hacha rozar su cabeza o vieron cerrarse las puertas en su nariz o fueron expulsados de las villas. Estos "hábito negros", como les decían, habían llegado con la intención clarísima de destruir sus orígenes, es decir, sus dioses y sus costumbres ¿por qué no pensar que veladamente también querían hacerlo con su nación entera? Además habían recibido noticias de que franceses del sur -probablemente ingleses o hugonotes- aseguraban que los hábitos negros que habían llegado hasta allá a riesgo de su vida no reclamaban nada para sí, tenían como único propósito su destrucción. Peor aún, después del bautismo, en el que insistían tanto, su gente se moría; al mismo tiempo, predicaban que las bendiciones auténticas que enseñaban se recibían después de la muerte y que ellos habían venido a abrirles las puertas del cielo. La mayoría de los nativos no estaba pensando en que esto era una fatal coincidencia o, en el mejor de los casos, que hubiera una confusión. Esta situación llegó a tal punto que los jesuitas tuvieron que asegurar ante los franceses laicos de que su presencia entre los hurones era condición para mantener las relaciones comerciales ya que el tráfico de pieles siguió siendo hasta el final una actividad muy importante para los aborígenes.

Los que cumplían la función de médico-curandero-brujo entre los hurones tenían una posición privilegiada dentro de la estructura social y, como ya hemos dicho, veían en los jesuitas el vehículo de su propia destrucción. En la enfermedad vieron la oportunidad de desembarazarse de ellos, podemos decir que en los curanderos estaban sus peores enemigos. La amenaza latente de despojarlos de su autoridad era suficiente motivo para hacerles la guerra de manera muy sutil. Estos cuasibrujos confirmaban el hecho de que los visitantes causaban enfermedades y persuadían a los jefes de no tomarlos en serio, aseguraban que los remedios dados por los hábitos negros -pasitas, ciruelas, agua azucarada- estaban envenenados. El padre Le Mercier narra que "este hechicero añadió

que para nuestras brujerías utilizabamos las imágenes de nuestros santos [ya había sido de por sí, un problema demostrarles que eran sólo pinturas] que, cuando se las enseñamos, ciertas corruptas influencias surgen de ellas para alojarse ferozmente en el pecho de quien las mira y no es de sorprender que éstos, poco tiempo después, estén enfermos".<sup>13</sup> Lalemant, por su parte, se quejaba de que esto también había sido propiciado porque habían predicho los eclipses de sol y luna que sucedieron y a los que tenían enorme creando así la idea de que ellos podían controlar y ordenar los fenómenos naturales.

En 1636 hubo una sequía que azotó la región, los adivinos fueron incapaces de acabar con ella y los nativos en su desesperación procedieron a rogar a los padres que hicieran llover. Por un lado, esto demuestra que los curanderos estaban en lo cierto, si en la mente de los nativos los jesuitas podían poseer el dominio de la naturaleza y ellos eran desplazados cayendo en el descrédito completo. Al mismo tiempo, la respuesta de Brebeuf confirmaba que ni ellos -los jesuitas- ni ningún hombre tenía control sobre el clima, que quien había creado la tierra y el cielo era el único que tenía el poder para modificarlo y que, seguramente, Él estaba enojado porque eran blasfemos y a través de sus actos pactaban con el demonio. Lo único que quedaba, según Brebeuf, era dirigirse a Él y rezar. Convocó a una procesión para implorar su ayuda y añadió nueve misas para la virgen: justo después de la novena, llovió.

Brebeuf en una carta de mayo de 1637 asegura que la enfermedad había cesado por lo menos en Ihonatiria (st. Joseph) y con un optimismo verdaderamente asombrosos comenta: "...el resultado de esta pestilencia y de estos reportes ha sido hacernos mejor conocidos a esta gente y, por fin, se entendió por nuestras acciones y por nuestras verdades [religiosas], que nosotros no hemos venido aquí a comprar pieles o a comerciar sino solamente a enseñarles la salud del alma y, finalmente, la vida inmortal".<sup>14</sup> En efecto, muy probablemente la ayuda que proporcionaron los jesuitas a los nativos en tiempos de enfermedad para cuidar enfermos, procurándolos y alimentándolos, contribuyó a que todos preservaran sus vidas. Curiosamente, el periodo de epidemia no sólo permitió que



los padres siguieran vivos sino que pudieran llevar a la práctica la congruencia entre lo que las leyes cristianas dictan y sus propios actos. Indudablemente, esto colaboró para que se fuera gestando, en la conciencia de los naturales, la confianza e integración que los religiosos necesitaban para inducirlos a la vida cristiana civilizada.

Sería una inconsistencia pensar que esta actitud altruista fue la única que les valió la aceptación. Otros factores también intervinieron. En el capítulo anterior analizamos uno de los métodos jesuitas más efectivos: la casuística. Este modo de acercamiento se basaba fundamentalmente en la indulgencia, es decir, antes de condenar y escandalizarse por las muchas costumbres "inmorales" que los aborígenes practicaban, los religiosos preferían ver en ellas faltas que se cometían con toda inocencia y terquedad antes que crearlas criminales. Sabían que "podían ser abolidas más gentil y eficientemente, demostrándoles gradualmente su propio absurdo, haciéndolos reírse de ellos mismos para después abandonarlas, no por medio de la conciencia como si fueran crímenes sino a través de su propio juicio y conocimiento como si fueran tonterías".<sup>15</sup> Cuando los hurones dieron la explicación de sus orígenes, Brebeuf aprovechó para hacer preguntas que permitieran poner en evidencia las contradicciones que sus propios mitos tenían. Más aún, si un hurón bautizado se volvía apóstata y después se arrepentía de su apostasía, los padres aconsejaban: "... es muy cierto que todos somos susceptibles de pecar y, por lo tanto, Dios no demanda en absoluto que no vuelvas a pecar, sólo si has decidido cabalmente no volver a tu vida anterior ... además te enseñaré otros medios de evitar el pecado".<sup>16</sup>

Se creyó que la severidad no era el camino, además no se necesitaba que todos desplegaran virtudes extraordinarias sino que fueran simplemente buenos cristianos. Mejor identificaron y festejaron aquellos usos que pudieran confundirse con cristianos, v.g. la ceremonia donde "casaban" a dos vírgenes con una red para augurar buena pesca, pues suponía que la virginidad era un valor en sí mismo lo que complació a los religiosos. Estaban satisfechos además con que fueran monógamos, que no se casaran con parientes en línea directa o colateral y con que fueran hospitalarios y compartidos.

Si bien los jesuitas lograron adaptar su método a las circunstancias que los rodeaban no condescendieron con algunas de las costumbres que existían entre los nativos tales como la corta duración de los matrimonios y las relaciones sexuales prematrimoniales que eran parte de sus hábitos sobre todo al llegar a la pubertad; el sacrificio de animales para sus festividades; la desnudez que era lógica en tiempos de verano; las charlas y bromas obscenas que eran una práctica común y muestra de su sentido del humor; la gula que estaba relacionada con la cortesía hacia el anfitrión de un banquete; o el alcoholismo que había sido introducido por el europeo y que logró sentar extraordinariamente rápido sus reales entre los nativos. Por último y quizá el rito contra el que con más fuerza lucharon fue el canibalismo que se celebraba frecuentemente cuando un guerrero enemigo de notables hazañas había sido ejecutado.

Sin embargo, los jesuitas nunca dudaron que el indio era bueno por naturaleza, si acaso había que dar explicación de todas estas maléficas costumbres, ésta se encontraba justamente en que este infiel era lo suficientemente inocente como para ser una víctima perfecta del mal, un poco de instrucción y voluntad harían del indio norteamericano un hombre puro mucho más allá de lo que el propio europeo pudiese imaginar.

Las palabras y el convencimiento eran las únicas armas jesuitas posibles por tal motivo, estaban obligados a no desaprovechar ninguna oportunidad que se presentara para explicar el dogma. Los concilios, como ya hemos señalado en el segundo capítulo, eran parte sustancial de los ritos de estos pueblos, en ellos frecuentemente participaban los religiosos y encontraban una gran ventaja: lo que predicaban era repetido por todos los jefes como lo dictaba la costumbre. Además, echando mano de tan conveniente costumbre convocaron reuniones a título personal para reunir al pueblo, por medio del aviso del jefe de la villa o por medio del sonido de una campana. En tales ocasiones, los miembros de la Compañía de Jesús usaban sobrepelliz y una capa cuadrada para dar mayor majestuosidad a su apariencia. Al principio, se cantaba de rodillas el Padre Nuestro, traducido al hurón, después un padre cantaba una sola copla y los demás respondían. Al finalizar, se hacía el

**ESTA TESIS NO SALE  
DE LA BIBLIOTECA**

signo de la cruz sobre todos y comenzaba una serie de preguntas y respuestas a los niños con un premio si su respuesta era acertada. Los papás, por su parte, esperaban que fuese a sus hijos a quienes les preguntaran y contestaran correctamente para sentirse orgullosos. La ceremonia concluía con un discurso del algún viejo que exponía sus dificultades o simplemente con la declaración pública de su creencia.<sup>17</sup>

Uno de los conceptos mejor y más utilizados por estos hábitos negros fue el del infierno, el fuego eterno se ejemplificaba con los tormentos que los naturales infringían sobre sus enemigos cautivos, la comparación entre las dos posibilidades del más allá fue, desde mi punto de vista, el segundo concepto mejor explicado y entendido en este escenario.<sup>18</sup> Sin embargo, tuvieron que enfrentarse a dos agudas objeciones huronas. Por un lado, ¿qué necesidad tenían los nativos de ir a otro lado después de morir, si ahí no estaban sus parientes y amigos? Por el otro, ¿cómo era posible que hubiese fuego dónde no había madera? La primer cuestión, difícil de resolver, se fue allanando en la medida en que la enfermedad procuró muchas almas al cielo, bastaba recordarles que si tal o cual persona había muerto bautizado, entonces estaba en el cielo. Sobre la segunda cuestión, un padre muy ingenioso, de cuyo nombre no tenemos noticia, los convenció de la existencia del fuego combinando azufre y carbón produciendo así fuego para asombro de los presentes.

Para convertirlos hemos dicho que utilizaban la vía del convencimiento porque estaban consientes de que no había otra forma racional además de las palabras. Cuando éstas no eran suficientes para convencerlos, se recurría a la teatralidad. Ortega y Medina ha dicho que los jesuitas "además de utilizar un ritual dramático y en extremo estético y agradable al indio ... se expresaban además en un sencillo lenguaje; es a saber, en un lenguaje poco abstracto y pues, desprovisto de la sutilezas legales y teológicas que embrollaban a los indios".<sup>19</sup> Antes de entrar al estudio de este ritual dramático al que se refería el maestro Ortega me parece necesario hacer una aclaración; los jesuitas estaban obligados a utilizar un lenguaje sencillo, no había otra opción si es que la labor evangelizadora quería obtener

resultados satisfactorios. ¿Por qué? En páginas anteriores nos quedó claro que el idioma vernáculo no contenía sutilezas legales ni mucho menos teológicas que correspondieran con el idioma francés. Haberlas utilizado hubiera supuesto no sólo un error sino la imposición del Evangelio como sucedió en el caso de los ingleses.

Ahora bien, la primer característica teatral que se reconoce es el tono solemne de los discursos, muy parecido al tono mismo que utilizaban los jefes en sus concilios. Para mejor comprensión en este sentido, aquí reproducimos uno de ellos:

Tomando un crucifijo en mi mano, pronunció en su lengua esta oración: Ven, escucha, tú quien has hecho la tierra y tú quien el Padre te llamó, y tú, su Hijo y tú, Espíritu Santo, ven, escucha porque no es cosa de poca importancia lo que hacemos, observa a estos niños reunidos que ya son tus creaturas todas, porque han sido bautizadas. Otra vez te los presentamos, te los ofrecemos, esto es lo que ellos piensan, estas mujeres reunidas piensan que eres el dueño de todos los niños. Ven entonces, animate a mantenerlos, defiéndelos, que no se enfermen, que no pequen jamás, aleja todo lo diabólico y si la epidemia nos ataca de nuevo aléjala también, y si la hambruna nos ataca apártala también y si la guerra nos asalta, apártala y si el demonio nos provoca y los abyectos por medio de veneno causan muerte, aléjalos también. Finalmente, rechaza todo lo que es satánico. Jesús, nuestro Señor, para esto exhorta a tu Padre que no te rehusa nada.<sup>20</sup>

De igual manera, las procesiones jugaron un papel vital en la atracción de los naturales que por simple curiosidad se acercaban a presenciar a un grupo de hombres, encabezados por una gran cruz y una estatuilla o la pintura del algún santo, cantando en tono conmovedor.

Las canciones en lengua nativa también permitían la convivencia sana y divertida de estos hombres, además, proporcionaban un medio eficaz para la memorización y siempre eran parte de las ceremonias.

Los bautizos de nativos sanos y convencidos, en especial adultos, se celebraban generalmente en alguna festividad católica, esto es, Navidad, Pascua, Pentecostés, etc. y se esforzaban por hacerla con el menor esplendor y magnificencia posibles en cuanto a la decoración y las vestimentas. Al finalizar la ceremonia, toda la concurrencia estaba invitada a un banquete ofrecido por los padres a la usanza hurona. Toda esta parafernalia tenía como fin exaltar la admiración nativa para que por medio de los sentidos entrara la exquisitez de la cristiandad. Un bautizo no podía pasar desapercibido, debía haber bombo y platillos para que el bautizado comprendiera la magnitud de su decisión y la importancia que se generaba en torno de su nuevo estatus cristiano y, a la vez, para que el infiel se entusiasmara a dar tal paso.

No obstante, éstos no eran los únicos elementos que se utilizaban para maravillarlos: las medallas, las estampas, el imán, el prisma, la lupa, el reloj o la escritura, también se contaron entre ellos. "Todo esto sirve para ganar sus afectos y rendirlos más dóciles cuando los introducimos en los misterios admirables e incomprensibles de nuestra fe; en la creencia que a ellos, nuestra inteligencia y capacidad han causado para aceptar sin réplica lo que les decimos".<sup>21</sup>

Hemos recorrido poco a poco el proceso de evangelización en la Huronia hasta este momento, queda claro que las dificultades que afrontaron los padres en un principio, dejaron de ser infranqueables. Se pueden apreciar ya un acuerdo que, en esencia, porta convivencia y cierto entendimiento. Nos atrevemos a decir que la cosecha comenzaba a dar fruto y aún más, que andando el tiempo, el éxito podía haber sido absoluto. La mezcla de los franceses laicos que vivían en las misiones con las nativas estaba ya apalabrada si no es que consumada en algunos casos.

¿Cuáles son los indicios que nos hacen suponer que ambos proyectos culturales se están acoplando en este momento? En primer término, el número de bautizados ha ido en aumento; en la *Relation* que comprende de junio de 1641 a junio del siguiente año, se

habla de más de 120 bautizados y ya no se aclara, como en ocasiones anteriores, qué proporción que de éstos había muerto, lo que sugiere que ya eran adultos y niños sanos.<sup>22</sup>

Además comienza a surgir un tono mucho más optimista en cuanto a la cantidad de conversos y los padres se regocijan por los logros que van obteniendo. Para 1648 se habla de más de 1,300 hurones cristianos.<sup>23</sup> En segundo lugar, las ocupaciones meramente evangélicas de los padres que anteriormente se reducían al invierno, en este momento, se habían multiplicado también en verano; las misiones se habían convertido en residencias y las capillas se construyeron más grandes. Ya existen cementerios.<sup>24</sup> En tercer lugar, se puede apreciar que el combate implacable que entablaron contra la disolución de la alianza conyugal ha dado frutos: ahora los jesuitas mismos se convirtieron en consejeros matrimoniales.<sup>25</sup>

Sin embargo, lo que más admira es que, al parecer, estos indios se convirtieron en mejores cristianos que los propios franceses. Según Brebeuf, habían aprendido a temer a Dios, a recurrir a Él en caso de necesidad, a procurar el bautizo de aquellos que estaban en peligro de muerte, a llevar a sus hijos a recibir instrucción, etc., en suma, a adscribirse al modo de vida cristiano. Las razones de este éxito, a decir de Le Mercier, fueron: el arte de describir cuestiones más allá de la vista; la estricta racionalidad que se encuentra en las máximas jesuitas; la congruencia de la doctrina pues lo mismo se decía ahí que en Quebec; el propio convencimiento jesuita; la templanza con la que los padres encaraban la muerte y los peligros; su aversión hacia la lujuria; su sinceridad; su confianza en Dios en tiempos calamitosos; el descubrimiento de sus propios absurdos.<sup>26</sup>

En un acercamiento más crítico podemos decir que este fervor -que no se esperaban los jesuitas o, por lo menos, no tan pronto-, apenas ocho o diez años de iniciada la conversión formalmente se debió, en gran medida, a la combinación de dos elementos principalmente. Por un lado, la naturaleza simple e inocente -como vimos- de los hurones buscaba siempre la protección de un *oki* o *manitou* que los acompañaría durante toda la vida, al que se encomendaban y del que esperaban protección. Sustituir esta idea por la de

Dios -siempre que el idioma, las ideas y las voluntades armonizaron-, fue relativamente fácil. A esta idea divina pudieron entonces dirigir su creencia, su "fe". Dicho de otra forma, la fe en el indio existía indudablemente, lo que difería eran las ideas, los métodos y el fin. Por otro lado, vieron en la caridad cristiana, la posibilidad de liberarse del temor al que estaban sometidos por Ataentsic, esta deidad maligna que esperaba cualquier momento para desatar su furia. La ecuanimidad y la falta de temor de los jesuitas ante la muerte les sorprendió y les atrajo profundamente; estas razones sumadas a la promesa de la vida eterna del cristianismo llevaron a muchos a abrazar pronto dicha fe.

Los jesuitas se dedicaron también a descubrir y cultivar a los hurones que hubiesen dado muestras de sobresaliente devoción con la finalidad de utilizarlos como vehículo de contagio de la fe. El caso más sonado fue de Joseph Chiwatenha quien fue un apoyo invaluable en las labores evangelizadoras. Colaboró en la creación y traducción de oraciones para los concilios, colaboró en el trabajo de convencimiento para la conversión - su familia completa se volvió cristiana y daba ejemplo de caridad- por medio de sus discursos y estuvo encargado de las misiones cuando los religiosos tuvieron que ausentarse. Al ser nativo, podía expresar certeramente los conceptos y ejemplos que mejor conmovían a sus coterráneos, basta traer a colación uno de ellos para ser más elocuente:

Ustedes están descorazonados, mis hermanos, porque los asuntos de su salvación que los franceses les propusieron son cosas nuevas, y sus costumbres trastornan las nuestras. Ustedes les dicen que cada nación tiene sus propias formas de hacer cosas; y como ustedes no los apresuran a adoptar las nuestras, entonces se sorprenden de que nos apresuren a adoptar las suyas sobre esta cuestión [salvación] y a conocer junto con ellos al mismo Creador del Cielo y de la Tierra y el Señor universal de todas las cosas. Les pregunto cuando, al principio, ustedes vieron sus hachas y vasijas, después de descubrir que eran incomparablemente mejores y más convenientes que nuestras hachas de piedra y nuestras vasijas de madera ¿ustedes rechazaron esas hachas y vasijas porque eran cosas nuevas en su nación y porque era la costumbre de Francia usarlas y no la suya? Ahora, si ellos

nos inducen a creer lo que ellos creen y a vivir conforme a esta creencia, nosotros estamos obligados con ellos porque en verdad, si lo que dicen es verdad, como lo es, nosotros somos la gente más miserable en el mundo si no hacemos lo que ellos dicen.<sup>27</sup>

Joseph Chiwatenha, asesinado entre 1640 y 1641 por los iroqueses, fué el caso más notable de integración entre nativos y jesuitas. Incluso aprendió francés. Muchos otros hurones aprendieron la lección y se tornaron, a su vez, en portadores de la palabra. Empezando por sus familias, ponían en práctica todos los nuevos conceptos aprendidos, es decir, mantuvieron sus matrimonios, enseñaron la continencia, abandonaron la interpretación de los sueños, dejaron de asistir a los banquetes que se convertían en orgías o en los que sacrificaran animales, etc. Más aún, cuando un grupo salía a pescar ó a cazar y se encontraba en tales aprietos que olierá la muerte, los cristianos se tomaban el atrevimiento de conferir el sacramento del bautismo a los infieles.

Como se puede observar, este es un tiempo en el que las villas empiezan a convivir los cristianos y los infieles y, al parecer, la convivencia se da en forma asombrosamente cordial. Si bien nunca faltaron los apóstatas quienes, por miedo o por desconuelo, intentaron desestabilizar la armonía de los pobladores, dentro de Huronia, no hay ninguna referencia en las Relaciones que indique a estas alturas, 1640 y/o 41 e incluso después, otro riesgo sobre la vida de los jesuitas.

Desafortunadamente, los tiempos fuera de estas misiones ya no eran los mismos. El perenne enemigo del hurón ahora se manifestaba feroz y había aprendido un nuevo concepto: exterminio. Había adquirido armas que le permitían matar rápido y a distancia y además, podía comprar muchas de ellas con el tráfico de pieles. Para 1642 empieza a manifestarse en las Relaciones la preocupación por la agresividad de los iroqueses y cada vez se hicieron más frecuentes las solicitudes de ayuda, no sólo de más miembros de la Compañía de Jesús sino de civiles armados. Se menciona, incluso, que de no ser sometidos los enemigos, la colonia entera corría el peligro de desaparecer y que no había esperanza de expulsar los con otros medios que no fuesen con las armas. De hecho, no hay noticias de la Relación de 1643 dado que el portador Isaac Jogues y sus acompañantes fueron capturados; al mismo tiempo, Lalemant, Superior de -



las misiones huronas, afirma que el paso a Quebec por el río San Lorenzo ya había sido bloqueada. No obstante, las pláticas que sostuvieron los hurones y sus aliados -algonquinos, montañeses, isleños, etc.,- con los iroqueses para hacer la paz, el proceso de aniquilamiento estaba en ebullición. Bastaban 6 años más para que las 5 misiones Ste. Marie. La Concepción (la cual era católica, prácticamente en su totalidad) St. Joseph, St. Michel, St. Ignace y St. Juan Baptiste, fueron completamente destruídas.

Es fácil entender por qué fue guardando una exacta proporción el acopio de almas, por un lado y el estado de guerra, por el otro. - Años antes, los jesuitas habían tenido una hacha amenazando su cabeza y habían demostrado la valentía de morir en la confianza de la vida eterna, habían encarado gustosos las amenazas para gloria de Dios. Al cabo de los años, los nativos aprendieron esta lección y cuando el terror los atrapó, les pareció que aquellos que habían sido tan valientes, eran, seguramente, los únicos que podían protegerlos. El grueso de los sobrevivientes corrió en estampida a las capillas, unos pidiendo la absolución, otros tratando de ser bautizados y todos temerosos del infierno, suplicando misericordia, los jesuitas no los defraudaron. El caso del Padre Antoine Daniel es clarísimo en este sentido. Cuando todos estaban refugiados en su cabaña-capilla y se enteraron de que los iroqueses se dirigían sobre ellos, Daniel decidió ganar tiempo enfrentándolos él solo, mientras los demás tenían tiempo de escapar. Salió de la cabaña, se dirigió hacia los enemigos y fué cocido a tiros. No obstante, le dió tiempo de arrastrarse hacia aquellos que como él estaban heridos en el suelo para hablarles de la gloria de Dios. Varios padres dieron testimonio de que en una de sus reuniones convocados para hablar acerca de las medidas que se tomarían en adelante, se apareció con aspecto mucho más joven, vestido de blanco, exhortándolos a continuar en su empeño porque el Paraíso los esperaba. "Sentio me vehementer impelli ad moriebdum pro Christo.

Entre emboscadas y masacres murieron 6 padres de los 10 que había y éstos se refugiaron con los sobrevivientes en la Isla de St. Joseph tampoco ahí estaban a salvo, los iroqueses les cayeron encima.

Finalmente, los padres con los 300 sobrevivientes en total de toda Huronia, decidieron dirigirse a Quebec para fundar una colonia hurona. Así se dió por concluída la aventura jesuita en el pueblo sedentario -

más grande de esta región. "Los iroqueses ahora habían prácticamente - destruído a los montañeses entre Quebec y Saguenay, a los algonquinos - de Ottawa, a los hurones, petuns y neutrales. Las colonias francesas de Quebec, Tres Ríos y Montreal sufrieron repetidamente los ataques de los confederados neoyorquinos y su comercio rural estaba casi abatado en su totalidad". 29

1. Biard Jesuit Relations and Allied Documents, travels and explorations of the jesuit missionaries in New France, 1610-1791, ed. Reuben Gold - Thwaites, Pageant Book Company, Nueva York, 1959, 73 vols. Vol. II, p. 31
2. Le Jeune, Jesuit Relations, vol. VI, p. 17
3. Brebeuf, Jesuit Relations, vol. VIII, p. 97
4. Ibidem, p. 99
5. Biardm Jesuit Relations, vol. II. p. 13
7. Brebeuf, Jesuit Relations, vol. X, p. 117
8. Biard, Jesuit Relations, vol. II, p. 11. El refrán podría ser transcri - to al español como "gato por liebre".
9. Bitterli, Los salvajes y los civilizados. México, Fondo de Cultura Eco - nómica, p. 137
10. Biard, op. cit., Vol. I. p. 161
11. Ibidem, vol. III, p. 149
12. Ibidem, p. 141
13. Le Mercier, Jesuit Relations, vol. XIV, p. 53
14. Brebeuf, Jesuit Relations, vol. XI, p. 15
15. Ragueneau, Jesuit Relations, vol. XXXIII, p. 145
16. Le Mercier, Jesuit Relations, vol. XIV. p. 71
17. Bitterli, op. cit. p. 141
18. Brebeuf, Jesuit Relations, vol VIII, p. 143
19. El primer concepto es, evidentemente, la idea de un creador de todo lo visible e invisible...
20. Ortega, op. cit. p. 273
21. Brebeuf, op. cit., vol. X, p. 69
22. Ibidem, vol. VIII, p. 113

23. Lalemant, Jesuit Relations, vol. XXII, p. 305.
24. Ragueneau, Jesuit Relations, vol. XXXIII, p. 69
25. Lalemant, op. cit. vol. XXVII, p.67
26. Ibid. vol. XXI, p. 135
27. Le Mercier, op. cit. vol. XIV. p. 121
28. Lalemant, op. cit. vol. XVII, p. 47
29. Thwaites, Jesuit Relations, vol. I. p. 25

## CONCLUSIONES

Nos atrevemos a concluir que la Huronia fue un experimento que, en lo que respecta a la evangelización, se logró con éxito. Las armas jesuitas que se pusieron en juego probaron ser lo suficientemente eficaces como para asegurar que, eventualmente, se hubiese convertido a toda la población hurona en cristiana y, con ello, modificado el modo de vida aborígen por el occidental. Aprender el idioma, los usos y costumbres ayudó enormemente a adaptar los conceptos cristianos a la visión indígena sin imponer por medio de la violencia un nuevo estilo de vida. El secreto fundamental radicó en que los jesuitas no pretendían cortar de raíz la realidad a la que se enfrentaban para iniciar otra completamente distinta sino que partieron de la estructura dada para persuadir a estos hombres a practicar el modo cristiano. Canciones, objetos, teatralidad, concursos, regalos, hospitalidad fueron algunos de los medios que utilizaron para la conversión nativa por persuasión.

Cabe señalar que en la fase que hemos denominado enfermedad tuvo lugar el verdadero esfuerzo de evangelización con todas las complicaciones y amenazas que hemos podido apreciar, el encuentro de estas dos culturas y la ingente labor de penetración del cristianismo. La segunda etapa, dadas las circunstancias que se centran en la amenaza primero y la concreción después de la fuerza enemiga iroquesa, facilitó el acopio de almas.

Ciertamente esta experiencia sirvió para ampliar el conocimiento jesuita sobre la naturaleza humana y permitió probar, una vez más, que la Compañía de Jesús era apta para estas labores colosales. Al mismo tiempo, satisfizo la proclividad de sus miembros a morir en nombre de Dios como un privilegio que, por otro lado, propiciaba la generación de fervor en aquellos que presenciaban su martirio.

Fueron muchos los obstáculos a los que se enfrentaron los padres en su empresa. Por un lado, Francia, por su falta de recursos ya fuera por la controversia establecida en el seno de las compañías encargadas de colonizar, ya por la mala suerte que sufrieron éstas en un principio, ya por el credo religioso que profesaban los poseedores del dinero, ya por

los problemas internos de la Corona, esto es, la guerra con España o las guerras de religión, ya por la estrecha relación de su economía con economías en crisis, no pudo solventar correctamente la labor misional. Suponemos también que, dada la lentitud para poblar y la indolencia para tratar los asuntos de esta colonia, Francia no veía en Nueva Francia un verdadero atractivo económico. Las dos fuentes de riqueza más importantes de esta zona necesarias para Francia se obtenían en la costa. Las pesquerías se habían mantenido mucho tiempo de manera económicamente provechosa sin tener que emprender una tarea colonizadora y el comercio de pieles se estableció de igual manera debido a que eran los indígenas quienes las procuraban hasta los asentamientos occidentales. Ambos obtenían beneficio de esta manera. Francia, además, había concentrado su atención en sus posesiones antillanas porque resultaban mucho más lucrativas por ser colonias de plantación. Tampoco la corona se preocupó en un primer momento por la dirección espiritual de los nativos del Canadá ni tomó bajo su control los asuntos referentes a ésta. Los jesuitas tuvieron que arreglárselas solos para desempeñar sus funciones.

Por otro lado, los nativos y su entorno, como era de suponerse, representaron otro obstáculo ya porque opusieron seria resistencia a ser convertidos, ya por la cosmogonía bélica que los regía en buena medida, ya por la situación geográfica de la Huronia lejana de cualquier bastión francés, ya por la carencia de conceptos abstractos del idioma, ya por el clima o los modos de vida. Estos fueron algunos de los factores que representaron problemas para los jesuitas, sin embargo, el hecho de que hayan sido ellos los que propiciaron -sin saberlo- una gran mortandad por medio de enfermedades desconocidas para los aborígenes los puso en condiciones verdaderamente peligrosas que también supieron superar. Tampoco sucumbieron ante la tentación de bautizar apresuradamente a aquellos nativos sanos retrasando el proceso de cristianización pero haciéndolo más congruente y sólido.

Empero, éstas no fueron las verdaderas dificultades. Desde nuestro punto de vista, el comercio de pieles fomentó la rivalidad entre hurones e iroqueses que aunada a la venta

inglesa de armas a éstos últimos propició un cambio en el concepto de guerra que inclinó la balanza a su favor hasta el exterminio total del primer grupo. Sin embargo, no podemos pensar que en esta circunstancia radicara toda la desventura, la falta de civiles franceses que pudieran vigilar y defender las misiones y aún mestizarse hacía verdaderamente vulnerable el trabajo religioso. Peor aún, la escasez de recursos humanos no se limitó a los franceses que sirvieran como milicias sino a la falta de propios jesuitas que se fueran estableciendo en las villas que solicitaban cuidado piadoso. De ahí que los padres tuvieran que implementar las misiones itinerantes que si bien portaban la Palabra de Dios no permitían concretar el trabajo. Más tardaban en dirigirse a otra villa que los recién instruidos regresaran a los modos de vida impíos.

Podemos asegurar sin temor a equivocarnos que la caída de las misiones huronas se debió a estos dos puntos y no a otros. ¿Por qué? Es sencillo deducirlo, aquellas misiones que estaban más cerca de los enclaves franceses continuaron con éxito incluso después de la firma del Tratado de Utrecht aun cuando muchas de ellas también habían sido arrasadas por los iroqueses como en el caso de Tres Ríos. Particularmente para la Huronia y dada su cercanía con los poblados iroqueses y la rivalidad surgida entre ellos a partir del comercio de pieles, las diferencias se hicieron insalvables, las armas hicieron el resto. Es oportuno agregar que si bien existía una rivalidad importante entre ingleses y franceses, Inglaterra por sí misma, no contribuyó directamente, bajo ninguna perspectiva, a derrumbar la obra jesuita.

Sostenemos también, hasta donde la historia nos dejó ver, que la evangelización fue un éxito porque, de no haber sido por las dificultades que hemos mencionado las misiones hubieran prosperado; los ejemplos de otras misiones pueden ser un buen indicador de la fuerza de penetración jesuita en estos pueblos: los *mic macs* -pobladores cercanos a Quebec- para 1673 eran completamente católicos. Los avances en materia de evangelización fueron notables incluso antes de que la corona se hiciera cargo directamente de su colonia.

Por último, sostenemos, de igual forma, que la capacidad que poseyó el jesuita para adaptar la doctrina, sin violar el dogma, a la realidad a la que se enfrentaba le permitió progresar de manera frecuentemente penosa pero eficaz en el campo de la evangelización. Con base en los resultados obtenidos así en Canadá como en otras partes del mundo, los jesuitas seguramente se dieron por satisfechos. En su adaptación radicó su más eficaz secreto, en su disciplina su más infalible método y en su valentía su más poderosa arma.

## BIBLIOGRAFÍA

Aranguren, José Luis, Catolicismo y Protestantismo como formas de existencia, 3a ed., Madrid, Revista de Occidente, 1963, 246 p.

Brebeuf, Jean de, The First Canadian Christmas Carol. Jesous Abatanhia. Huron Indian Carol, trad. al inglés J.E. Middleton, Toronto, Rous and Mann, 1927, 18 p.

Brown, Craig, comp., La Historia Ilustrada de Canadá, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 664 p.

Charlevoix, S.J., Pierre-Francois Xavier de, History and General description of New France, Nueva York, Loyola University Press, 1870, 6 vols.

Cartier, Jacques, Los viajes de Cartier al Canadá, trad. Mariano Urrabieta, Buenos Aires, Emecé Editores, 1944, 160 p.

Constituciones de la Compañía de Jesús, España, Ediciones Mensajero y Editorial Sal Terrae, 1993, 380 p.

Coornaert, E.L.J., "The economy of expanding Europe in the sixteenth and seventeenth centuries" en The Cambridge economic History of Europe, Vol IV, London, Cambridge University Press, 1967, 642p.

Delâge, Denys, Bitter Feast, tr. Jane Bricley, Vancouver, UBC Press, 400 p.

Francis, Douglas, et. at., Origins. Canadian History to Confederation, Toronto, Holt, Rinehart and Winston of Canada, Lt., 1988, 412 p.

Gonzalbo, Aizpuru, Pilar, La educación popular de los jesuitas, México, Universidad Iberoamericana, 1989, 250 p.

Goubert, Pierre, Historia de Francia, trad. Marta Carrera y Marga La Torre, Barcelona, Editorial Crítica, 1987, 412 p.

Guérard Albert, Breve Historia de Francia, Buenos Aires, Colección Austral, 1951, 258 p.

Guillermou, Abin, Los Jesuitas, Barcelona, Qué sé, 1970, 72 p.

Historia del Mundo Moderno, Goerge Richard Potter, coord., tr. María Casamar, prolog. Juan Regla, Barcelona, Ramón Sopena, 1980, 13 v.

Jaenen, Cornelius J., "Amerindian Views of French Culture in the Seventeenth Century" en The Canadian Historical Review, núm. 55, p. 261-438



Lafarge, John, A report on the American Jesuits, Nueva York, Farrar, Straus and Cudahy, 1956, 238 p.

Loyola, san Ignacio de, Exercicios Spirituales, 13a ed., México, Librería Parroquial de Clavería, 1988, 206 p.

Mollat, Michel, Los exploradores del siglo XIII al XVI, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, 214 p.

Mora Mérida, José Luis, Iglesia y religión en los Estados Unidos y Canadá, Madrid, Iglesia Católica en el Nuevo Mundo, (Col. MAPFRE, 1492), 1992, 263 p.

Ortega y Medina, La evangelización puritana en Norteamérica, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, 342 p.

Parry, John H., Europa en la expansión del mundo 1415-1715, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica (Col. Breviarios, 60), 1994, 278 p.

\_\_\_\_\_, La época de los descubrimientos geográficos, 1450-1620, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1964, 486 p.

Parkman, Francis, France and England in North America, introd. y notas de Samuel Eliot Morison, Londres, Faber and Faber, 1956, 526 p.

Saitta, Armando, Guía Crítica de la Historia Moderna, México, Fondo de Cultura Económica (Col. Breviarios, 483), 1989, 264 p.

Santos Hernández, S.J. Angel, "Actividad misionera de los Jesuitas en el Continente Americano" en Misiones Jesuíticas en la Orinoquia, San Cristobal, Universidad Católica de Tachira, 1993, 138 p.

Steckley, John, "The Warrior and the Lineage: Jesuits Use of Iroquoian Images to Communicate Christianity" en Ethnohistory, vol. 39, núm. 4, Duyham, Duke University Press, 1992, p. 478-509

The Jesuit Relations and Allied Documents, travels and explorations of the jesuit missionaries in New France, 1610-1791, ed. Reuben Gold Thwaites, Nueva York, Pageant Book Company, 1959, 73 vols.

Thwaites, Reuben Gold, France in America 1497-1763, Cooper Square Publishers, Inc., Nueva York, 1968, 294 p.

Trigger, Bruce G., The Hurons, farmers of the North, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1969, 100 p.

\_\_\_\_\_, Natives and Newcomers, Manchester, McGill-Queen's University Press, 1986, 430 p.

Trudel, Marcel, The Beginnings of New France 1524-1663, Toronto, McClelland and Stewart Limited, 1973, 324 p.

Voltaire, El siglo de Luis XIV, trad. Nelida Orfila Reynal, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 683 p.